

REVISTA EUROPEA.

Núm. 4.º

4.º DE MARZO DE 1874.

AÑO I.

LA FILOSOFIA DEL PROGRESO.

La verdadera filosofía del progreso es la filosofía de Hegel. Y es la filosofía de Hegel la verdadera filosofía del progreso, porque ningún sistema da, como el sistema hegeliano, al movimiento dialéctico de las ideas fuerza bastante para remover desde las inmensas moles del universo, hasta las seculares instituciones de la sociedad. Reconozco y confieso que hay en los ánimos reaccion vigorosa contra las ideas del más generalizador, del más sintético entre los filósofos modernos; reconozco que cae en desuso su formulario, y que se atribuyen pura arbitrariedad del talento las maravillosas construcciones de su sistema científico. Pero aquel sér de su borque serse indeterminado ó vago en las profundidades de la eternidad, se concreta por la existencia, se define por la contradicción; pasa de la pura lógica á la lógica real, de la lógica real á la naturaleza inorgánica, de la naturaleza inorgánica á la naturaleza orgánica; y despues de haberse irradiado por los espacios infinitos en mundos, sobre los cuales fuerzas físicas y químicas producen las especies, se alza á ser espíritu, primero subjetivo ó individuo, luego objetivo ó sociedad; y se eleva á Estado, y desde el Estado al Arte, donde la realidad y el ideal se identifican en amor inextinguible; y desde el Arte á la Religion, que une lo finito con lo infinito, y en cada sér humano encarna el Verbo divino; y desde la Religion á la Ciencia, en que triunfa la razon pura, hasta llegar, despues de haberse movido en séries tan perfectamente sistematizadas, despues de haberse agrandado en fases tan necesarias y sucesivas, desde sér indeterminado y vago á sér absoluto y perfecto, en la plenitud de la vida, de la conciencia, de la posesion de sí mismo; aquel sér en su comenzar confinando con la nada y al término de su viaje cosmogónico y espiritual adquiriendo lenta riqueza de vida,

contiene la eterna sustancia del progreso.

Hegel es el filósofo por excelencia del movimiento progresivo. Hasta él toda metafísica buscaba un principio absoluto, pero inmóvil, un sér en sí, fuera de nuestras continuas trasformaciones y de nuestros perpétuos cambios, para contemplarlo en su perpétua quietud, sobre las cimas inaccesibles de la ciencia y del universo. Desde él, desde la aparicion de pensador tan extraordinario, el oleaje de las generaciones, el rio de los tiempos, la metamorfosis continua de las ideas, las mudanzas en el estado de los séres, la muerte misma que sobre todo se extiende y domina, la sucesion de las civilizaciones, los cambios continuos en las historias, el progreso indefinido forman como el organismo de lo absoluto. La metafísica hegeliana representa en las ciencias filosóficas lo mismo que el sistema de Copérnico en las ciencias astronómicas. El mundo inmóvil, hácia el que gravitaban todas las ideas, se mueve como la tierra; se remuda como las estaciones. La corriente del pensamiento humano, como la corriente de las aguas, riega, fecundiza, vivifica. La lógica pierde el carácter puramente formal y abstracto, y toma realidad tan viva como las leyes de la mecánica celeste. La premisa contiene la consecuencia como la semilla contiene el fruto. Las contradicciones del pensamiento se llaman fuerzas opuestas en el universo. La vida de la naturaleza no está en la esencia, en la materia primera, tan abstracta y tan etérea por su indeterminacion como el más vago pensamiento; está en el mudar de los séres y de los fenómenos. La vida social tampoco está en ninguna abstraccion, en ninguna idea pura, sino en el desarrollo sucesivo de las instituciones, de las artes, de las creencias, de los pensamientos dentro de toda la historia. Los hechos copian á las ideas. Los sistemas científicos, que parecen más abstractos, se encarnan vivamente en la realidad. Del

o de la metafísica griega brotan las dos
as por excelencia prácticas que el mun-
antiguo lega al mundo moderno, el de-
ho romano y la moral cristiana. Por eso
hechos no pueden separarse de las ideas,
no los cuerpos no pueden separarse de
almas. La aparición de un nuevo sis-
a filosófico profundamente conmueve á
sociedad. Por esto la historia de la filo-
a es la filosofía de la historia en el sen-
o de que las sociedades copian el espí-
t, y se animan, y se coloran, y crecen
a luz, á su calor, como los planetas si-
m á la atracción, y se coloran á la luz,
e vivifican al calor del sol. Y el espíritu
primero sér, despues naturaleza, despues
eto, despues objeto, y por último, ab-
to. Y desde el sér primitivo á lo abso-
o median series de determinaciones su-
ivas que constituyen la ley del movi-
ento universal. Y esa filosofía así es la
safia por excelencia del progreso.

Yo bien sé cuánto van á decirme aquellos
e juzgan lo sistemas por sus partes aisla-
s más que por su espíritu y por su con-
to. Van á decirme que, despues de haber
denado la escuela histórica, pongo entre
filósofos del progreso al ilustre metafí-
o de la historia. Van á decirme que,
spues de haber reivindicado la libertad
pensamiento, alabo y encarezco una
solia del Estado, adscrita al Estado y á
s intereses. Van á decirme que, despues
proponerme el seguir á todas sus esferas
movimiento republicano aleman, me de-
go ante el filósofo que ha declarado la
arquía institucion esencial á las socie-
les humanas, y que disolviendo la idea
ra del derecho en el movimiento histórico
esta idea, ha llegado á justificar todas las
stituciones y sostenido hasta la pena de
erte. Mas yo creo que una filosofía no
be ser juzgada por sus fragmentos, por
s series aisladas, donde pueden hallarse
ntradicciones palmarias con su general
atido y espíritu. Yo creo que las reser-
s de Hegel respecto al Estado son acci-
ntes; de aquel dia histórico, eclipses de
uel espíritu luminoso. Yo creo que áun
ndemandando sus concepciones metafísico-
stóricas al espíritu en el desarrollo pro-

gresivo de su esencia á ser espíritu na-
cional, y á convertirse en Estado, cuya su-
perior representacion es la monarquía;
cuando el espíritu crece, se agranda, pasa
de espíritu nacional á espíritu de la huma-
nidad; cuando sucede esto, no puede ménos
que romper los ántes estrechos moldes, y
esparcirse en superiores organismos y for-
mas, correspondientes á la elevacion y á
la dignidad de su esencia. Y si esta con-
clusion en su pensamiento no se encon-
traba, encontróse luego en el desarrollo
y en la difusion de su doctrina. Tuviéronla
por algo más que republicana los gobiernos.
Abrazáronla como su dogma, como el es-
píritu de sus creencias políticas, todos aque-
llos jóvenes que compusieron la extrema
izquierda hegeliana, y que pelearon así en
los parlamentos con la palabra, como en los
campos y en las calles con las armas, por en-
cerrar el individualista é independiente es-
píritu germánico en el organismo propio de
su esencia, en el organismo republicano. Y
el espíritu de Hegel ha contenido sólo
en Alemania. Si allí ha vivificado á los jefes
del radicalismo, á Ruge, á Stirner, á Grün, á
Fewerbach, en Francia ha vivificado á re-
publicanos templadísimos, como Vacherot y
Michelet, á republicanos federales, como
Proudhon, y en Italia al ilustre Ferrari. No
puede juzgarse todo el inmanente alcance
de una doctrina por la inconsecuencia per-
sonal de su fundador y de su maestro.
Aunque Cristo mandó pagar tributo al Cé-
sar, su doctrina de libertad y de igualdad
destruía el cesarismo; aunque Lutero daba á
la gracia tal extension que anulaba el libre
arbitrio, su Reforma alentó la libertad hu-
mana; aunque Hegel admita la monarquía,
su realidad de la lógica, su inmanencia de
las ideas, su movimiento dialéctico del sér,
su progreso indefinido rompen abiertamente
con las estrechas inconsecuencias del maes-
tro, y van á fundar el gobierno de la razon
pura y el advenimiento del espíritu abso-
luto en una confederacion de pueblos libres.
El gran maestro lo ha dicho en frase, que
admira por lo profunda y lo sencilla: la
historia del mundo es la historia de la li-
bertad.

Así el pensador germánico no se aisla

en su razón individual, á fin de encontrar allí la fragil base de la ciencia, dando por vanas todas las ideas anteriores al momento de su aparición momentánea en la historia. Tanto valdria despreciar en el conocimiento de nuestro planeta los terrenos primitivos cuando forman como sus bases incommovibles; y en el conocimiento de nuestro propio temperamento fisiológico el temperamento de nuestros padres y abuelos, cuando salta por todo nuestro organismo y por todos nuestros humores. El hombre no aparece súbitamente en la tierra y en la sociedad; no debe creerse, pues, el triste abandonado exósito de los mundos. Como su vida natural se enlaza con la serie de los minerales, de las plantas, de los séres orgánicos, su vida espiritual se enlaza con todos los siglos. La ciencia pura nos da las ideas en sí, las ideas en su entidad; y la historia nos da las ideas en su desarrollo y sucesion progresiva. En la ciencia las ideas son; en la historia las ideas se mueven y viven. No separeis la filosofía de la historia, porque será abstraccion sin realidad; no separeis la historia de la filosofía, porque será confuso monton de hechos sin ningun principio superior que los coordine. La razón es individual y universal. La razón individual se encuentra en cada hombre; pero la razón universal en todos los hombres y en todos los siglos, en toda la historia. Despreciar la ciencia anterior y recomenzar á cada momento su estudio, es tanto como nacer todos los dias. De esta suerte la ciencia pmanecerá en perpétua infancia. Lo presente, que asegura lo pasado, jamás podrá engendrar un mejor porvenir. Toda ciencia, áun la más material y empírica, se resuelve en idea. No lo dudeis: idea es el átomo del materialista; idea es el substratum del químico. Y por consiguiente, áun los sistemas, que más á la observacion se someten, no pueden salir del idealismo. Y como todos los sistemas contribuyen al desarrollo de la idea, todos son, más que falsos, incompletos, y todos se completan mutuamente en sus contrarios, en sus opuestos, porque la ciencia se encuentra en la totalidad de todos ellos, como la vida bajo todas sus fases en la totalidad del universo.

En la idea se encuentran el pensamiento y el sér. Nosotros no conocemos en sí los objetos externos; sólo tenemos ideas de ellos. El mundo interior y el mundo exterior se nos revelan por medio de esas divinas sibilas, por medio de las ideas. No detengamos nuestra atencion á reflexionar si las ideas son adventicias ó innatas, resultado de la experiencia ó resultado del racionio; no caigamos tampoco en el problema inútil de averiguar si el sentimiento es superior á la inteligencia, si sobre la razón hay aún otra facultad más perspicaz, más escudriñadora, más inspirada, más luminosa, que se llama intuicion; declaremos con verdad, declaremoslo, que ni las sensaciones llegarían á lo íntimo de nuestros sér si no se trasformaran en ideas, y ni el pensamiento podria ejercitarse dentro de nosotros mismos si no tuviera como elemento esencial las ideas; de suerte que bien podemos llamarlas, puesto que sin ellas nada sentiríamos ni comprenderíamos, las almas de las cosas.

Pensar es vivir; pensar es crear. El pensamiento lo abraza todo, lo contiene todo, lo explica todo. Más ancho que el espacio, más duradero que el tiempo; rápido y universal como la misma luz, vivificante, y necesario como el calor; atmósfera que envuelve, no á manera de nuestra baja atmósfera un sólo planeta, sino todo el universo; pesa desde el insecto que zumba en los límites de la vida hasta la infinita via láctea; nota desde los arpegios del ruiseñor en sus escalas músicas hasta la armonía de las esferas en sus tablas astronómicas; se eleva de las cosas y de los fenómenos á las ideas abstractas y universales que son como la norma y el modelo de las obras humanas, y de la vida real á la justicia, á la bondad, á la hermosura perfecta; y cuando, llegado á tan alta cúspide, parece estar rendido, cobra aliento, sigue así su raudo vuelo en su ambicion infinita, y mira frente á frente á Dios; como el águila, que, despreciando la tempestad, se eleva sobre las nubes á contemplar cara á cara los resplandores del sol.

La idea es necesaria al pensamiento. La idea es necesaria á las cosas. Ni podemos pensar sin ideas, ni podemos sin ideas conocer el mundo y el espíritu. La idea entra,

pues, en la existencia íntima y sustancial de los séres. La idea es la razon de todos los fenómenos. Mas la idea no tiene el carácter del motor inmóvil de Aristóteles; la idea mueve porque se mueve ella misma. Al movimiento de la idea lo llamamos dialéctica. La idea no es una; es ella misma y su contraria. Dentro de cada idea hay una oposicion á esa idea. La idea de lo infinito supone la idea de lo finito; la idea de la hermosura supone la idea de la deformidad. En las religiones la fe ha opuesto al Dios del bien el Dios del mal ó el diablo, al cielo el infierno; en la metafísica el filósofo opone á lo contingente lo absoluto, á lo finito lo infinito; en la mecánica celeste el astrónomo encuentra la atraccion y la repulsion; en el aire el químico los gases opuestos que forman el equilibrio de la vida; en nuestro cuerpo el fisiólogo la sangre venosa y la sangre arterial, la batalla de humores contrarios; en la tierra por todas partes ve el hombre la vida que engendra y la muerte que devora. Coexisten siempre los contrarios. Y sobre esta coexistencia se funda la dialéctica. Así la dialéctica no es un mero método subjetivo, es la ley real objetiva de todos los séres. Ningun cuerpo escapa á la ley de la gravedad. No consienten estas leyes excepciones. El tenue polvillo de las plantas, que parece burlarse de ellas, vuelve á caer sobre las alas de la mariposa ó sobre el cáliz de las flores, ó en la tierra misma, atraído como la mole inmensa de Saturno ó de Júpiter á su centro de gravedad. Nada en el mundo ni en el cielo se exceptúa tampoco de la ley imperiosa de los contrarios. Por do quier hay ser y no ser; unidad y multiplicidad; identidad y diferencia. Todos los séres por algun lado se tocan, por algun concepto se confunden; y por otro lado, por otro concepto se diferencian y se combaten. Pero los contrarios se resuelven y se armonizan en otro tercer término. Por ejemplo, ser y no ser; cuándo se unirán estos dos conceptos. Pues se unen, segun Hegel, en la ley fundamental de su dialéctica, en el llegar á ser, por cuya virtud lo que no ha sido, es.

Véase, pues, cómo en filosofía el orden y la conexion de las cosas representa de

una manera sensible, palpable, el órden mismo y la misma conexion de las ideas. La dialéctica es ley á un tiempo de las cosas y de los pensamientos, de la naturaleza y del espíritu, de la realidad y del ideal.

El secreto entero de la filosofía hegeliana se encuentra en el concepto fundamental de lo absoluto. Para la antigua metafísica, lo absoluto es trascendental; para Hegel, lo absoluto es inmanente. Para la antigua metafísica, lo absoluto, pura esencia, sér purísimo, fuera del espíritu, fuera de la naturaleza, apartado del mundo y sin claras relaciones con él más que por la idea confusa de la creacion, y por la ley no bien definida de la Providencia, fluye en su inmovilidad, en su serenidad los séres, de lo absoluto distintos, de lo absoluto separados, como la alta montaña fluye los rios que van en su carrera creciendo á medida que van de su fuente apartándose; mientras que para Hegel lo absoluto se mueve, se difunde, anima como el calor central todas las cosas, late en las ideas cual si fuera su sangre; es aquí materia inorgánica, allá materia organizada; toma las afinidades de la química para engendrar la vida de los séres, y las fuerzas de la mecánica para producir la armonía de los mundos; sube, como la savia por los árboles, sube por las fibras de la creacion y se convierte en espíritu, primero espíritu individual, personalísimo; luego espíritu objetivo, espíritu social; y planteando de continuo oposiciones que resuelve en síntesis suprema, tomando el carácter de la Trinidad cristiana, tres términos distintos y un solo sér verdadero, encarna su derecho en el Estado, su hermosura en el arte, su vida en la historia, su esencia múltiple, rica de ideas, de pensamientos, plena, vivaz, perfectísima, en la última y más acabada de todas sus manifestaciones, en la manifestacion de la ciencia.

Los antiguos creian que diciendo el sér lo decian todo. Su Dios era el sér. Y creian no deber afirmar ya más. Para Hegel, para este gran filósofo del movimiento dialéctico, es más que el ente, que el sér por excelencia de quien nada se afirma el último de los séres, que á su cualidad de sér otras cualidades reúne, y de quien pueden otras afir-

maciones decirse. Y lo que decimos de la antigua concepcion de lo absoluto, lo que decimos de la antigua concepcion del sér, decímoslo tambien de la antigua concepcion de la lógica. Demasiado extensa para unos, demasiado restringida para otros, la lógica no se hallaba, no, concretada ni definida para todos. Y la lógica principia las ciencias, puesto que tiene por objeto la idea en su pureza. Externa, formal, arbitraria para los escolásticos, no pasaba de ciencia de las proposiciones. Para Hegel, bajo su primer aspecto, la lógica aparece como la ciencia de las formas universales y absolutas del pensamiento y de la existencia. Pero la idea lógica no es pura forma, puesto que puras formas no existen, y todas reclaman su contenido. El contenido de la lógica, digámoslo así, la sustancia de la lógica es la idea natural, la idea en su incomunicable esencia, la idea purísima cuando se despierta, se levanta en el sér como se despertó y se alzó sonriente la Vénus griega en las espumas del mar. Dada la idea, se da la lógica; dado el contenido se da la forma, porque la forma y su contenido se compenentran de igual manera que se compenentran la idea y la lógica, la sustancia y el organismo de la sustancia. Separad por medio del pensamiento el alma del cuerpo; contemplad el alma en sí, en su esencia, y tendreis la idea lógica, la idea pura, la idea ántes de que la haya encubierto el velo de la materia en el mundo y la impureza de la realidad en la historia. Y como la lógica es la ciencia de la idea en su pureza, todas las ciencias presuponen la lógica, y la lógica no presupone ninguna ciencia. Todas deberán á la lógica su método; y la lógica se lo deberá á sí misma. No hay ninguna ciencia que todo lo saque de sí, como la lógica; ninguna tan libre, ninguna tan autónoma. La lógica es la ciencia del método absoluto, de la forma absoluta, no sólo miéntras la idea sea abstracta ó en sí misma, sino despues que la idea se haya encarnado en la naturaleza y en el espíritu. Porque la idea se habrá desarrollado en otras sustancias sin dejar su propia esencia, ni su pura forma. Las categorías lógicas del pensamiento leyes son tambien de la realidad.

La idea no puede existir en la pura abstraccion. La idea pasa de lo posible á lo real. La idea pasa de la lógica á la naturaleza. Hay en la naturaleza principios absolutos, como los hay en la lógica, como los hay en las matemáticas. Y si hay en la naturaleza principios absolutos, hay la ciencia de la naturaleza como hay la ciencia de la lógica. Los principios lógicos, por ejemplo, el principio abstracto de la causalidad, pertenecen solamente á la lógica, y se pueden aplicar á todas las ciencias; los principios físicos pertenecen á la lógica y á la naturaleza. Como la lógica es la idea en su abstraccion, la naturaleza es la idea en su primer grado de realidad. El universo es total. Nada existe en él separadamente y en la soledad absoluta. No se puede apartar el espacio del cuerpo, ni el cuerpo del espacio, el calor de la luz, las cualidades de las sustancias. Si por abusos de lenguaje la separais; si apartais la sucesion de los fenómenos del tiempo; si apartais los cuerpos del espacio, caeréis en puro nominalismo. Todo se junta, y se vivifica, y se anima, y se relaciona, y se sostiene en la totalidad del universo. La idea, no pudiendo ser solamente la pura abstraccion lógica, pasa al espacio, que es y no es á un tiempo mismo, que es algo y es nada; y del espacio la idea pasa á la materia, más tangible, más real que el espacio; y ya la materia en el espacio adquiere movimiento y se divide en unidades distintas que forman los astros, el sistema sideral; y la aparicion de los astros es el primer esfuerzo para engendrar la individualidad; y la atraccion es el deseo universal de los astros á juntarse, á sostenerse, á relacionarse mutuamente, divididos todos en grandes individuos y subordinados todos á una fuerza comun; y de estas relaciones puramente mecánicas, en las cuales el peso, la gravedad predomina, va la idea á la vida química, que engendra la variedad de sustancias, la accion de unas sustancias sobre otras, el trabajo interno de union y de oposicion, que es afinidad, coesion, calor, magnetismo, flujo y reflujo de combinaciones; metamorfosis continua, gradual de esencias; hasta que aparece despues del mundo mecánico y del mundo químico el organismo,

la planta que se asimila y se nutre de materias inorgánicas, y las vivifica, y las espiritualiza; el animal, cuyos órganos están sometidos á la unidad central de cada cuerpo, y que afirma esta idea de la individualidad moviéndose, y poseyendo, además del movimiento, calor propio, calor central; y así como el mundo mineral se une al mundo vegetal por las cristalizaciones que tienden á organismo propio, el mundo vegetal se une al mundo animal por el zoofito, por el pólipo, especie de plantas animadas, especie de cordón umbilical que ata nuestro organismo á la vegetación, hasta que desde estos bocetos, desde estos borradores, poco á poco, por grados sucesivos, por series sistemáticas, pasando en serie ascendente del crustáceo al mamífero, la vida animal crece, y crece en perfección, llegando al cabo á su obra maestra, al resúmen y compendio de la naturaleza, al organismo humano.

EMILIO CASTELAR.

(La continuación en el próximo número.)

RUBENS

DIPLOMÁTICO ESPAÑOL.

SUS VIAJES Á ESPAÑA,

SUS GESTIONES COMO AGENTE DIPLOMÁTICO SECRETO

ENVIADO POR FELIPE IV Á CARLOS I DE INGLATERRA, Y NOTICIA DE LAS OBRAS DE SU MANO QUE AÚN SE CONSERVAN EN MADRID.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDO.

Mi querido amigo: Supuesto que ahora, y por pecados ajenos, nos obligan á ser POLÍTICOS DE REEMPLAZO, volvamos la vista atrás para buscar, en el estudio de pasados tiempos, solaz y consuelo que mitigue el dolor que nos producen los males que lamentamos. Aplicándome yo el consejo, aquí le presento el producto de algunos días de trabajo; y no por lo que valga se lo ofrezco, porque como cosa mía ha de ser ruin y baladí, sino como una prueba de mi mucha voluntad de hallar á todas horas manera de demostrarle que no le olvida su agradecido y buen amigo.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

Enero de 1874.

PRÓLOGO.

El vivo interés que inspiran siempre aquellos hombres que por su talento, su virtud ó sus acciones valerosas alcanzan la veneración y el respeto de sus contemporáneos y el culto á sus merecimientos de las edades futuras, induce y arrastra con poderosa fuerza á cuantos sienten en su alma afecto ó predisposición á seguir ó admirar el órden de ideas en que aquellos seres extraordinarios se distinguieron de todos los demas, á inquirir y escudriñar hasta el último extremo, no tan sólo lo principal, sino también las más ligeras noticias, los más triviales hechos de la vida y obras de aquellos hombres privilegiados. De aquí dimanar tantas biografías y monografías, que ahora y siempre se han escrito, y principalmente el origen del estudio de *especialidades*, que tanto distingue esta época presente, y que está produciendo inmenso provecho y derramando brillante luz sobre infinito número de conocimientos humanos, al mismo tiempo que revela y avalora el trabajo, la virtud y el talento de cuantos brillaron en algun ramo del saber, ó mayor y más heroico desprecio hicieron de la vida, posponiéndolo todo absolutamente al logro de sus nobles deseos, árdidas investigaciones, honrados propósitos ó grandes empresas. Confieso que me hallo poseído de grande entusiasmo y respetuosísima admiración y suma simpatía por los grandes capitanes y hábiles políticos de otros tiempos de mi patria, y mayormente aún por los más principales artistas de todos los pueblos. Consecuencia de esta mi predisposición es que me haya dedicado, sin darme de ello cuenta, al estudio de la monografía de tal ó cual suceso ú obra de arte, y al de la biografía de históricas celebridades, artísticas sobre todo.

Uno de estos y aquellos estudios es el presente trabajo histórico, rama que desgajo del árbol de otro más extenso y concienzudo estudio, que bien sabe Dios que quisiera dar pronto á la estampa, y que se endereza á relatar la vida y registrar las obras todas del primer pintor de España, de D. Diego Velasquez. Ocupándome de éste, forzosamente tropecé con la gran figura de Pedro Pablo Rubens, amigo de mi hombre, en cuya vida artística notablemente llegó á influir. Rebuscando noticias de Rubens, hallé que algunas veces me salía al encuentro su personalidad, no como artista, sino como diplomático; y supe también que tan grandes, si no mayores servicios, prestó el flamenco pintor á nuestra España con sus gestiones diplomáticas como con sus vivísimos pinceles. Pero Rubens ha sido ya muy estudiado, aunque nunca tanto cuanto él se mere-

ce, por sus compatriotas los flamencos. Libros han hecho sobre él los franceses, tirando hácia ellos su gloria, porque en Francia vivió algun tiempo, y en Francia hizo y aún se conservan muchas obras de su mano: libros han publicado los ingleses, porque en Lóndres residió como artista y como secreto agente diplomático: libros han escrito los italianos, porque en Mantua y al calor de los Gonzagas corrieron los primeros años de su juventud artística. ¿Por qué,—me preguntaba yo,—no se ha de decir algo en España sobre Rubens, cuando más relaciones tuvo con ella que con ninguna otra nacion; cuando de España era la patria de Rubens; cuando de España recibió el encargo, y para España fué el servicio que prestó como enviado diplomático de Felipe IV; cuando era súbdito del rey de España; cuando tanto empleó sus pinceles para honra y servicio de España; y, en fin, cuando algo nuevo y desconocido sobre su vida puede decirse fundado en auténticos y curiosísimos documentos? Y esta nueva importancia que pueda adquirir Rubens, débela á España, de cuyo rey siempre se manifestó humildísimo y leal súbdito, y por cuyos intereses abandonó el artista los suyos propios, su familia, su país natal y su casa, á cuya devocion se halló siempre, y cuyas órdenes religiosamente cumplió en servicio de su patria política.

Todas cuantas plumas han escrito para la estampa el nombre de Rubens, dejaron registrado que intervino como agente diplomático para la paz celebrada entre Carlos I de Inglaterra y Felipe IV de España, que se firmó en 1630, y por lo cual residió en Lóndres largo tiempo en el año de 1629. Pero no sabemos que escritor alguno registrara los legajos del archivo general de Simancas en busca de las cartas y despachos de Rubens y para Rubens, que mediaron en aquella negociacion. Y esto es precisamente lo que no hace mucho me propuse buscar, por haberme dicho mi amigo, más que amigo mi hermano, don José Fernandez Jimenez, que tenia noticia de que allí existian bastantes autógrafos de Rubens. ¿Habré hallado todo lo que fuera de desear? No por cierto, porque Rubens desde Lóndres se entendia durante su secreta mision, tanto con el conde-duque de Olivares, cuanto con la infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadores de nuestra Flandes, y los papeles de su gubernacion no vinieron todos á Simancas; pues notorio es que en Flandes debieron quedar los que tuvieran relacion con los negocios que allí se despachaban, por medio de los súbditos de aquel país, con las naciones aliadas ó enemigas de la metrópoli. Guiado, pues, por el interes que este eminente artista me inspira, y obligado á estudiar la in-

fluencia que ejerció en la pintura española, me extravié, como dice el poeta divino, de la *de-recha via*, y por otro sendero fui llevado á conocer al diplomático, olvidando al artista. Y en verdad que, si bien manejaba el pincel el el maestro flamenco, no fué lerdó para la diplomacia. Incansable, celoso, advertido, prudente y leal en extremo, se hizo querer en la corte del desgraciado Carlos; y sin darse un momento de reposo en su mision, sigue los pasos todos de sus enemigos, descubre sus secretas y pérfidas maquinaciones, cobra crédito, inspira confianza á los ministros del rey, gana las simpatias del mismo Carlos, adviérteles los errores de sus afines, no promete nada más allá de lo que conviniera ofrecer á sus poderdantes, dice la verdad seca y desnuda á sus jefes, y con respetuosa llanura y caballeresca timidez aconseja lo conveniente, indica los peligros, presenta sin exageracion las conveniencias, encarece sin entusiasmo los benéficos resultados, y pospone su persona y provecho al leal servicio de su rey. Pocas veces aparece en estos casos la imaginacion fogosa del artista, y nunca ni para nada, ni por nada, mezcla ni asoma siquiera su profesion de artista. Si sus cartas y despachos no fueran de su mano y llevaran su firma, no seria fácil adivinar que fuesen del autor del *Descendimiento* y de la *Serpiente de bronce*. La prevision, prudencia y disimulo del diplomático aparecen tan altos como el entusiasmo y la inspiracion del artista. Condiciones antitéticas que coexisten en tan privilegiado hombre.

Marché, pues, por esta senda y encontré al diplomático, pero no pude olvidarme nunca del pintor, y volví á mi propósito; y así, en estas páginas, presentaré al diplomático español Pedro Pablo Rubens, y registraré las obras que el pintor de Amberes hizo en España y para España; dejaréle hablar á él mismo para darle á conocer como agente diplomático, y copiando los inventarios de cuadros del alcázar de Madrid y del palacio del Buen Retiro en tiempo de la casa de Austria, indicaré las obras de su mano que fueron nuestras. Y para recorrer ambos caminos, valdrémonos tambien de lo que los archivos de Mantua nos han enseñado por medio de Mr. Armand Baschet, que hasta ahora ha publicado algo de lo mucho que nos dice que allí encontró de Rubens, relativo á su primer viaje á España, así como tambien de lo que nos cuentan compatriotas nuestros que le conocieron ó le vieron en su segundo viaje. Trazaremos, así, con mala brocha y mano tímida é insegura dos cuadros á la par, que como las portezuelas de un díptico formen un sólo conjunto, que será Rubens en España y

para España, viéndose en uno al diplomático, en otro al artista, y en ambos puntos todas sus relaciones con nuestra patria. Y conque hayamos conseguido demostrar qué parte de la gloria de Rubens pertenece á España, y con inducir á más hábil mano y más autorizada pluma á que añada, comente ó corrija lo que hemos de exponer, que algo y aún algunos tendrá que corregir, para mayor gloria de España y del artista, nuestro deseo será satisfecho.

CAPITULO PRIMERO.

Estado de las relaciones políticas entre España é Inglaterra al advenimiento al trono de Felipe IV.—Negociaciones habidas para el proyectado matrimonio del príncipe de Gales, hijo del rey Jacobo de Inglaterra, con la infanta de España doña María Teresa de Austria, hermana de Felipe IV.—Inesperada llegada del príncipe de Gales á Madrid.—Recibimiento y estancia en la corte.—Su marcha á Inglaterra.—Rotura de los proyectados desposorios.—Liga contra España.—Política que inaugura contra España el nuevo rey de Inglaterra Carlos I.—Su alianza con los holandeses y expedición contra Cadiz.—Armada española contra Irlanda.—Sitio de la Rochela, y término de las hostilidades entre España é Inglaterra.

Con el siglo XVI terminaban sus días los dos grandes monarcas que por largos años rigieron los destinos de España y de Inglaterra. Únicamente con la muerte de Felipe II y de Isabel, podían extinguirse los odios y apagarse la llama del inmenso rencor que ambos se profesaban. Siempre fué tan vivo, constante y creciente, como arraigadas y profundas eran sus distintas y contrarias creencias religiosas y particulares y nacionales intereses. Difícil ó imposible se reputaba su coexistencia pacífica, siendo opuestos sus intereses y juzgándose aquellos reyes protectores y escudos de sus propias creencias. Pero asegurada ya en Inglaterra la libertad de la reforma, circunscrita para España la lucha religiosa á las fronteras de Holanda y Celandia, desaparecidos del mundo los dos rivales, y sustituidos por otros monarcas amigos de la paz, que no heredaron con sus tronos los odios de sus antecesores, aparecieron de hecho las treguas y suspensión de armas, sucediendo en seguida un tratado de paz, amistad y comercio, que se firmó en Madrid á 28 de Agosto de 1604.

Los deseos de paz que se revelaban en la política del duque de Lerma, privado del

tercer Felipe, y la prudente y sábia gestión del ilustre é ilustrado D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, embajador de España en Lóndres, que supo captarse primeramente las simpatías de aquella corte y despues el aprecio y la amistad particular del rey Jacobo, causas fueron que estrecharon muy pronto é íntimamente las amistosas relaciones entre ambas coronas. En 1617 se trató en Lóndres, entre el rey de Inglaterra y nuestro embajador, del matrimonio de Carlos, príncipe de Gales, con la infanta de España doña María Teresa de Austria, hija del rey Felipe III. No era presumible que tan piadoso y fanático monarca prestara oídos á semejantes proposiciones, ni accediera fácilmente á que una hija suya casara con príncipe hereje, ni que ambos pueblos vieran con calma transición tan repentina. Así fué, que ni los deseos del inglés, ni los esfuerzos del de Gondomar, llegaron á obtener resultado satisfactorio, áun cuando no mediaron rotundas repulsas ni negativas explícitas. En tal estado quedó el asunto, sin que la falta de buen suceso produjera tampoco ruptura ni áun enfriamiento entre ambas coronas; prueba grande del estado de intimidad en que habia logrado mantener la amistad el sagaz político conde de Gondomar.

Así las cosas estaban, cuando subió al trono de su padre el rey D. Felipe IV, y con él comenzó á regir los destinos de las Españas D. Gaspar de Guzman, llamado más tarde el Conde-Duque de Olivares. Apresuróse el rey de Inglaterra á saludar á su nuevo hermano, encargando á su embajador en Madrid, el conde Bristol, que al mismo tiempo renovase las pretensiones del casamiento de su hijo el príncipe de Gales con la infanta, uniendo á ellas la exigencia de que por España se restituyeran al conde Palatino los estados que se le acababan de ganar en la última guerra de Alemania, en virtud de la que se hallaban en posesión de gran parte del Palatinado el duque de Baviera, y del resto las tropas españolas. Era el conde Palatino yerno del rey de Inglaterra, y uno de los principales instigadores y fautores de aquella guerra, y tambien de los más por ella castigados. No dependía exclusivamente de la voluntad de España esta

devolucion, áun cuando tuviese entónces el de Olivares sobrada fuerza y barto derecho para inducir al duque de Baviera á ceder lo que tenia usurpado; pero de su voluntad, como privado, dependia que las tropas españolas entregaran al deudo del inglés las plazas que en aquel estado ocupaban en nombre de España. Presentábase por lo tanto en este nuevo reinado la cuestion de los matrimonios con estos y los antiguos y graves inconvenientes, porque no habian desaparecido los obstáculos originados por la diversidad de religion de los novios, ni la sistemática y tosca intransigencia de España en materias religiosas ofrecia fácil y viable camino para transigir con los herejes, hasta el punto de darles por reina una infanta católica. Sin embargo, escucháronse ambos gobiernos con aparente beneplácito y se condujeron con suma cortesía las comenzadas negociaciones. Por parte de España era nuestro embajador en Lóndres D. Carlos Coloma, comendador de Montiel y la Osa, del Consejo de Guerra y gobernador de Cambray, antiguo soldado de Flandes y clásico historiador de parte de aquellas guerras, que se hallaba en aquella corte, tratando las condiciones con que el rey Jacobo habia de entregar á la infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Paisés Bajos, la plaza de Frankdal. Enfrente de la pretension del Palatinado presentó Coloma la exigencia de que los católicos ingleses pudieran ejercer en toda la Gran Bretaña libremente su culto, sin que por ello pudieran ser inquietados; lo cual no podia ser, en verdad, más digno de un monarca católico, ni tampoco más hábil bajo el punto de vista político, pues era muy suficiente para justificar que una reina católica ocupara un solio protestante, y además hacia surgir una cuestion, difícil en extremo de resolver para el monarca inglés y lo suficientemente grave para servir de contrapeso y equivalencia á la del Palatinado, y por lo tanto ocasionada á muchas y largas negociaciones. Pedíase demasiado por ambas partes; concedíase poco ménos que nada, y no prosperaba grandemente el negocio, porque ni al Conde-Duque convenia ceder el Palatinado tan fácilmente á un rebelde príncipe hereje,

ni mucho ménos le parecia pequeña cosa transigir con la reforma, tan odiada en aquellos tiempos del pueblo español. Por otra parte, tampoco al inglés le era dable libertar de tal modo á los católicos ingleses, perseguidos aún por los ménos tildados de sospechosos, y siendo como eran los reformistas dueños del Parlamento; pero tampoco las instancias de su yerno le consentian abandonar sus pretensiones. Menudeaban los despachos diplomáticos, preñados todos ellos de frases que expresaban la más cariñosa adhesion y el mayor respeto; pero el negocio no lograba pasar de su primera etapa. Así estaban las cosas, cuando apareció un dia en Madrid el Príncipe de Gales. Una relacion manuscrita que se guarda en el archivo de Simancas (Legajo 7026—Estado, fol. 376 al 384), nos cuenta que fué su llegada de esta manera:

«Sin auerse tenido noticia de la benida del Príncipe de Gales, llegó de Embozo á esta corte viernes 17 de Março de 1623, á las diez de la noche, traiendo solo en su compañía al Marqués Baquingan, de la orden de la Xarretera, del Consejo de Estado del Rey de la Gran Bretaña, caballero mayor del mismo Príncipe, Almirante de Inglaterra, y á cuyo cargo está el manejo de los negocios de aquel Reyno. Apeóse en la posada del Conde de Bristol, Embaxador extraordinario en esta corte del dicho Rey, auiéndole seguido despues las demas personas que traya consigo (que en todas eran siete): el primero que tubo aquella noche noticia desta llegada del Príncipe, fué el Conde de Gondomar, el qual la dió luego al señor Conde de Olivares, y aunque se procuró por entónces encubrir esto hasta entender el intento y deseo del Príncipe, no se pudo, ántes se fué divulgando, y más con la llegada de vn correo que despachó don Carlos Coloma, que sirue al Rey nuestro señor de Embaxador extraordinario en Inglaterra, que llegó á los 18, con cartas para su magestad, en que le daua cuenta desta benida.

»El mismo dia, sábado, á las seys de la tarde, bino á de la huerta la Priora en vn coche del Rey nuestro señor, el Marqués de Boquingan, á berse con el señor Conde de

Oliuares, y auiéndose allí hablado, y dádole el Conde la bienvenida con palabras de gran amor y cortesía, se entró en el coche con él, y fué en su compañía aber al Príncipe de Gales y bisitarle en nombre del Rey nuestro señor. El Conde hizo este cumplimiento con la prudencia que se deuia esperar de quien como él sirue á su magestad con tanto acierto, celo y amor.

»El Rey nuestro señor, en señal de la alegría que tan justamente tubo con la benida de tal huesped, salió en público el domingo siguiente 19 del mismo mes, yendo con su magestad en su coche la Reyna nuestra señora, los señores Infantes María, Carlos y Fernando. Fué grande el acompañamiento deste dia, assi de damas de la Reyna nuestra señora y de su alteza de la señora Infanta, como de la nobleza y caballería desta corte, y criados de la casa Real. Sus magestades fueron á los recoletos Agustinos, haciendo su paseo por la calle mayor. Estaua en la puerta de Guadalajara en vn coche embocado, el Príncipe de Gales, el Marqués de Boquingan, los Embaxadores extraordinario y ordinario de Inglaterra y el Conde de Gondomar, que desde que llegó el Príncipe le ha asistido. Y al emparexar el coche de sus magestades con el del Príncipe, reparando el Rey nuestro señor en los Embaxadores, les quitó el sombrero en la forma que otras vezes, sin otra ninguna demostracion, y siguiendo su paseo sus magestades; el Príncipe, por diferentes calles se adelantó y bolbió á esperarles cerca de San Gerónimo, y tomando por lo alto, sus magestades, el paseo, fueron á los recoletos, donde hicieron oracion, y el Príncipe, tomando allí otro puesto, se estuvo quedo, y aguardó la buelta de los coches, en la cual, por hauer anochecido, benian con gran número de achas blancas, assi en el de sus magestades, como en los de las damas. (Vista muy luzida.) El concurso de gente de á pié, á caballo y coches deste dia fué de los mayores que se han bisto en esta corte, y el contento de todos muy ygal á la demostracion del Príncipe. Sus magestades bolbieron á Palacio algo tarde, y el de Gales, sin hacer más mudanças á su posada, donde aquella misma noche le fué á ber el señor Conde de Oli-

uares, y á aplazar la visita de su magestad, secreta, con el Príncipe. Esta fué en el Prado, esta misma noche á las doce della. Con el Rey nuestro señor iban el Marqués de Boquingan y el señor Conde de Oliuares, y con el Príncipe el Embaxador extraordinario y el Conde de Gondomar. Al açercarse los coches de su magestad y del Príncipe, se apearon ambos aun tiempo. El Rey nuestro señor lo reçuió con demostraciones de gran boluntad y mucha cortesía, y el Príncipe dió tambien muestras del contento que tenia de ber á su magestad y auer hecho jornada de tanto gusto suyo, y auiendo pasado en esto, entre ambos, grandes cortesías, fueron muy de ponderar las que vbo sobre el entrar en el coche de su magestad (donde se estuvo como de visita), no queriendo el Príncipe entrar primero, en que porfió mucho, y su magestad le bençió con que se le avia de tratar como huésped, y finalmente el Príncipe entró el primero, asegurando á su magestad que á su Padre no obedeciera en aquello. Dióle su magestad la mano derecha en el mismo coche, auiendo porfiado tambien el Príncipe en no tomalla; estubieron gran rato de visita, auiendo sido el tratamiento de Magestad y Alteza, y al despedirse hubo grandes cumplimientos sobre el tomar cada vno su coche, y esto vino á ser aun tiempo, sin hauer permitido su magestad otra cosa.

»El Rey nuestro señor, con parecer del señor Conde de Oliuares, que en toda esta materia se ha gobernado y procedido con notable prudencia y acierto, mandó que desde luego se fuese tratando del reciuiamiento y ospedaje que se deuia hazer aun Príncipe tan grande y que con tanta llaneza vino á su corte, dejando aparte ser hijo de vn Rey, con quien su magestad profesa tan çingera y verdadera amistad; y en el corto tiempo que duró esta preuencion se uió su magestad con el Príncipe algunas bezes, auiéndose ymbiado tambien recaudos de mucha cortesía de vna y otra parte. Tubo su magestad por combiniente que la entrada pública del Príncipe fuese desde San Gerónimo, y para que no quedase ninguna solemnidad por hazer, de las permitidas y devidas á tan alta persona. Hauiendo pocos

dias que en estos Reynos auia su magestad mandado publicar en materia de traxes algunas premáticas, las derogó por el tiempo que estubiese aquí el Príncipe, dando así mismo orden que de las cárceles desta corte y de las demas destes Reynos fuesen libres todas las personas presas en ellas, en cuyas causas no hubiese partes.

»El domingo por la mañana, 27 de Março, á las nueve y media fueron por el Príncipe á la posada del Conde de Bristol, don Agustín Messia, el Marqués de Montecarlos, D. Fernando Xiron y el Conde de Gondomar, todos del Consejo de Estado; lleuáronle á San Gerónimo el Real, donde el Conde de Gondomar le tenia adereçado muy ostentatiuamente el quarto donde sus magestades, en cassos particulares suelen retirarse, y allí con la misma ostentación le dió el Conde la comida, asistiendo á este acto los Ministros referidos, á los quales, aunque les pidió se cubriesen, no lo hizieron, guardando en esta parte la antigua costumbre de Castilla.

»Despues de medio dia, en virtud de las órdenes que su magestad auia dado, le fueron á visitar sus Consejos y á darle la bienvenida. Començó el primero, sin nombre de Consejo, el Inquisidor General; despues le siguió el Consejo Real de Castilla, y por su antigüedad los demas Consejos. El Príncipe los reçiuió muy benignamente á todos, quitándoles el sombrero, mostrando con estas demostraciones gran satisfacción de los faoures que su magestad le hazia, sin querer dar á nadie la mano, hauiendo los Consejos cumplido con este officio. Hizo la Villa el mismo cumplimiento en la forma que suele reçiuir y reçiuió al Rey nuestro señor quando entró aquí por heredero de estos Reynos.

»Siempre se hallaron presentes con el Príncipe á esta solenidad los dichos ministros, y en los intermedios que hauia de la entrada de vn Consejo á otro, le entretenian ablando en diuersas cosas.

»El Rey nuestro señor fué á San Gerónimo en vn coche encubierto, y con su magestad el señor Conde de Oliuares, Duque del Infantado, y otros señores de su cámara. Salióle el Príncipe á reçiuir hasta el fin de la escalerilla que sale al Oliuar, hasta donde llegó su magestad en el coche á

apearse, y haziéndose grandes cortesias sin sentarse ni entrar en ninguna parte, subieron á caballo, algo ántes el Príncipe por la mucha instancia que su magestad le hizo, y en esta forma acompañando á su magestad toda la corte, fueron hasta çerca de los clérigos menores, donde estaua la Villa con el páblio, trayendo su magestad al Príncipe á su mano derecha, en que tambien vbo muchas cortesias, por no quererla el Príncipe, y como iban entraron en él, y en esta forma se siguió la entrada hasta palacio.

»Estubieron las calles y bentanas con mucho adorno de colgaduras ricas y atrechos, en diferentes partes, tablados en que se representauan comedias y se hazian diuersos bayles y danças. Tubo de grandeza esta entrada, entre otras cosas, el mucho concurso de grandes señores y caballeros que salieron á ella, conociendo el gusto que en esto daban al Rey nuestro señor; y no fué ménos de ver las galas, bordados y libreas ricas que todos sacaron, siendo harto de admirar la breuedad con que todo esto se hizo. Estauan los Consejos en diferentes puestos en sus bentanas, y al emparejar el Páblio á ellas los quitaua el sombrero el Príncipe de Gales, cuya persona y agrado ha parezido generalmente bien.

»Iban detras del Pablio consecutivamente el Conde de Oliuares, cuya gala y lucimiento de su persona fué muy de ver, y no ménos de el adorno de sus criados, á quienes dió una costosa librea, y á su lado derecho el Marqués de Boquingan, seguíanles los Consejeros de Estado que no son grandes que lleuaban en medio á los Embaxadores ordinario y extraordinario, y detras de todo esto iba la guardia de los Archeros que lució mucho en esta ocasion por ir tan bien adornada de armas, caballos y plumas. Con esta orden se llegó á Palacio, donde hauiéndose apeado subió el Príncipe á bisitar á la Reyna nuestra señora, acompañándole su magestad, y al entrar de las puertas fué de ber las cortesias que tambien se hizieron, y mucho lo que se porfió sobre el que lo hauia de hazer antes; y su magestad, como quien tambien saue cumplir con la obligacion de Rey, dixo al Príncipe de Gales, *ea, señor, entre vuestra alteza*, echándole las

manos á las espaldas como haziéndole fuerza, y el de Gales entónzes dando muestras de abraçarse con su majestad y echándole asimismo los brazos, le hizo la misma fuerza con que ambos binieron á entrar juntos.

»La Reina nuestra señora, y su alteza de la señora Infante, bieron esta entrada retiradas detras de bidrieras, y su magestad de la Reina passó despues sola á su quarto á esperar la bisita en la pieza donde tiene su estrado, y sauído que llegaban el Rey y el Príncipe, salió á recibirlos asta la puerta; dos pasos antes della hizole su magestad al Príncipe vna reberencia muy grande, y el Príncipe á su majestad una sumision hasta el suelo, inclinando las rodillas y acometiéndole á tomarle la mano. Estauan debaxo del dosel tres sillas para los Reyes y Príncipe. Hechos estos cumplimientos, se sentó la Reina nuestra señora en la de en medio; y en otra, á su mano derecha, algo ladeada, el Príncipe de Gales, y en la otra, el Rey nuestro señor; y en esta misma pieza estauan alrededor della en pié, y arrimadas las damas y meninas con gran adorno y galas. Acavada la bisita (que duró poco ménos de media ora) lleuó el Rey nuestro señor al Príncipe al quarto que le estaua preuenido para su aposento, saliéndole acompañando la Reyna nuestra señora asta la misma puerta, donde á la despedida huuo grandes cumplimientos. Pasaron por el corredor y baxaron por la escalera principal, tomando el portal de la mano izquierda, donde está el Consejo Real, y por la puerta dél salieron los señores Infantes Cárlos y Fernando á reçuirle, y ántes de juntarse le hizieron una cumplida reberencia, y al llegar cerca otra hasta yn-car la rodilla en tierra. El Rey les quitó el sombrero y el Príncipe se humilló tanto, que casi llegó al suelo, y levantó á los Infantes, los quales le fueron acompañando algo delante hasta la pieza de la cama, y sin sentarse se boluio su magestad con sus hermanos á su quarto.

»El ospedaje que al Príncipe se a hecho es como de vn tan gran Rey, siendo las colgaduras y adrezos de los aposentos de los mas ricos que tiene su magestad: síruenle dos mayordomos de su magestad, que son el Conde de Gondomar y el de la Puebla, y

tambien le síruen los gentiles hombres de boca y Pajes, hauiéndose formado para solo esto todos los oficios necesarios al seruicio de vn Rey. Asistele la Guarda de su magestad en la forma que á su Real persona; y la misma noche de la entrada le hizo vn presente la Reyna nuestra señora de cosas de olor, ropa blanca y joyas, que se presupone baldria mas de doce mil ducados.

»Anse hecho luminarias generalmente tres noches, y en ellas á auido por las calles artifiçios de fuego, muchos chirimias, trompetas y atabales: y á los 28 del mismo mes, que fué otro dia despues de la entrada, fueron de cada Consejo dos Consejeros á bisitar al Príncipe y bolberle á dezir quán contentos estauan de su llegada, suplicándole biese en las cossas de gracia en que cada Consejo le podia seruir, porque tenian orden de su magestad de acudir á esto con gran reuerencia y cuidado.

»A ordenado el Rey nuestro señor que traten de festexar y agasajar al Príncipe el Almirante de Castilla, Duque de Cea, Marqués de Belada y Duque de Ixar, y que tambien asistan en su quarto por sus turnos vn Consejero destado cada dia.

»Despues del reciuimiento que se hizo al Príncipe solo ay que añadir, á lo aquí referido, que el resto de la quaresma se entretubo saliendo muchos dias al campo con su magestad, y otros se ocupaua en correr en el Parque de Palacio sortija y estafermo. Bió la procesion de semana santa desde su quarto, y el primer dia de Pascua las dió á la Reyna nuestra señora, estando con su magestad su Alteza de la Señora Infanta. El segundo dia huuo vna máscara al anochecer muy lucida que la hizo el Almirante de Castilla, para fixar el cartel de la sortija que mantiene; fué de 60 de acaballo, y de embozo se halló en ella y corrió el Rey nuestro señor y el señor Infante Cárlos. Pasada la Pasqua fué su magestad á Aranjuez y tanuien el Príncipe, y allí huuo otra máscara, que asiguran fué lucida. Y hauiéndose detenido en este viage su magestad en yda y buelta solo seys dias, boluieron á gozar de la fiesta de toros, y el dia de Santiago el berde, que es aquí muy solemne, como lo fué por el mucho concurso de gente que

huo. La fiesta de toros fué á 3 de Mayo; huu en la plaza muchos caualleros y señores que entraron con rejonés, y fué grande su lucimiento de libreas y número de lacayos.

»Su magestad y el Príncipe y ambos Infantes estuuieron juntos en vn balcon en la panadería, y en otro á la mano derecha con divisiones, sin que se pudieran ver el uno al otro, la Reyna nuestra señora y la señora Infanta.»

Muchas fueron las relaciones y áun hubo libros que de estas fiestas se escribieron, y tanto admiró á la corte, que el historiador de esta época del reinado de Felipe IV dedicó largas páginas á su relato. A la historia, pues, de Céspedes y Meneses, y á las relaciones sueltas, remitimos al curioso lector que más detalles quiera saber de estas fiestas.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

(La continuacion en el próximo número.)

ELENA.

IDILIO DE A. TENNYSON,

PUESTO EN VERSO CASTELLANO

POR

LOPE GISBERT.

I.

La hermosa Elena, Elena la adorable,
Elena la purísima azucena,
La Virgen de Astolat, allá en su estancia
De la torre del Este, el noble escudo
De Lanzarote conservaba. Al pronto
Púsole en donde al despuntar le hiriera
El rayo de la aurora, y su reflejo
La despertara: mas despues, temiendo
Que la herrumbre ó el polvo le ofendiesen,
Una cubierta con sus propias manos
Labró de rica seda; y el ilustre
Blason bordó en su centro, y caprichosa
Orla añadióle en torno de enlazadas
Hojas y flores, y anidando en nidos
Pintados colorines.

Y mil veces

Olvidando á su padre y los caseros

Cuidados, en su estancia se escondia,
Y cerraba la puerta, y contemplando
El escudo, buscaba en sus insignias
Sentido misterioso; y una historia,
De cada huella que enemigo hierro
Dejara en él, forjaba peregrina,
Conjeturando dónde y cómo.—«Antiguo
Es este corte: hará diez años; y este
Es reciente: y esotro en Caerlile
Y aquel en Caerleon, y éste tan recio
En Camilot... y... ¡oh Dios! ¡qué fiera punta
Aquella debió ser! ¡y qué lanzada
Ésta! ¡debió matarle! pero un ángel
Quebró la lanza y derribó al jinete
Y le salvó.»

Soñando así vivia.

II.

¿Cómo á poder de la gentil doncella,
Que hasta el nombre ignoraba de su dueño,
Vino el escudo? Lanzarote mismo
Se le dejó, cuando á las justas iba
Por el diamante grande. Y «del diamante»
Llamábanse las justas, que tal nombre
Al convocarlas les impuso Arturo,
Porque un diamante era la prez.

III.

Arturo,

Mucho ántes de ser rey, cuando ignoraban
Todos de dó venia, las regiones
Ínvias del Leonésado recorriendo,
Dió en un barranco y una negra charca.
Moraba allí el horror, como la niebla
A sus abruptas faldas adherida:
Porque allí dos hermanos, rey el uno,
Se encontraron, riñeron, y de muerte
Se hirieron á la vez; y allí insepultos
Yacian sus cadáveres; y luego
Sus huesos blanqueaban, y más tarde
Con las rocas de entorno confundidos
El líquen los cubria. Y se olvidaron
Sus nombres; pero al valle y á la charca
El horror de su crimen infundieron.
Y el que fué rey, traia de diamantes
Rica diadema; uno de frente y cuatro
De cada lado.

Y sin mirarlo, Arturo,

Buscando un paso entre la espesa niebla,

Mal alumbrado por la turbia luna
 El esqueleto coronado hollaba.
 Y desprendióse el cráneo; y la corona
 Salió á la luz rodando y reluciendo
 Como un hilo de agua hácia el pantano.
 Y Arturo la cogió, y á su cabeza
 La ciñó, y una voz allá en su seno
 «¡Tú tambien serás Rey!» le murmuraba.

IV.

Despues ya cuando Rey, las ricas piedras
 Desengarzó del cerco y á sus nobles
 Decia:—«Estos diamantes que un prodigio
 Puso en mis manos, no del Rey, del reino
 Son, á provecho del comun. Hagamos,
 Pues, una justa en cada un año, y sea
 Uno de ellos el premio. Nueve años
 De prueba nos dirán quién el más fuerte
 Es entre todos: creceremos todos
 En armas y en hombría; y al pagano
 Arrollaremos, sí, cual teme alguno,
 Viene á embestirnos. ¡Lo que Dios no quiera!»
 Dijo, y en ocho años ocho justas
 Se celebraron, y el diamante en todas
 Lanzarote ganó: los destinaba
 Para la Reina: pero ofrenda digna
 Queriendo hacerle que valer pudiera
 Medio su reino y más, la altiva idea
 Guardaba oculta hasta ganarlos todos.

V.

Y ya por el más grande y el postrero
 Diamante, Arturo que su corte tiene
 Cerca del sitio, junto al rio, do ahora
 Se asienta la mayor del mundo, anuncia
 Justas en Camilot; y cuando el dia
 Va á llegar, con Ginebra, que doliente
 Estado habia, así departe afable:
 —«¡Oh mi Reina! decidme ¿tan doliente
 Aún os sentís, que á mis bizarras justas
 No podais asistir?»—«Sí, señor mio,
 Vos lo sabeis.»—«Entónces las hazañas
 De Lanzarote y sus gloriosos hechos
 No vereis esta vez... ¡y os placen tanto!»
 La Reina alzó los ojos; dulcemente
 Los fijó en Lanzarote, que á la diestra
 Del Rey estaba, y que leyendo en ellos,
 Creyó entender: «Enferma estoy: conmigo
 Te queda: más mi amor que cien diamantes

Vale:»—y cedió: de su real señora
 Atento siempre áun al menor capricho
 Cedió, si bien con pena, que anhelaba
 Su ofrenda completar: y mintió y dijo:
 «¡Oh Rey! mi antigua mal cerrada herida
 Me impide cabalgar.»—Y el Rey primero
 La miró á ella, y luego á él, y luego
 Paso entre paso se marchó.

VI.

Y apénas
 Solos quedaron, exclamó la Reina:
 —«Mal, muy mal, Lanzarote, señor mio:
 ¿Por qué no vais á las bizarras justas?
 La mitad de los nobles enemigos
 Nos son: la plebe ya murmura, y luego
 Dirá: ved cuán audaces; ¡cómo huelgan
 En ausencia del Rey!»
 Sintió gran pena
 De su inútil mentira Lanzarote.
 —«¿De cuándo acá tanta cautela?, dijo:
 No érais tan cauta ¡oh Reina! aquel verano
 Que primero me amasteis: de la plebe
 No más curabais que os curais ahora
 De los insectos mil que en la pradera
 Zumban y bullen por la yerba, y todos
 Juntos son nada. A esos cortesanos
 Dejados que murmuren: ¡me es tan fácil
 El hacerlos callar! Y ved que ahora
 Mi adoracion leal es conocida
 De todos ya: los bardos nuestros nombres
 Enlazan sin ofensa en sus cantares:
 Vos, Ginebra, la flor de las hermosas,
 Yo, Lanzarote, el Rey de los valientes.
 Los caballeros mismos en las fiestas
 Por ambos á dos brindan; y los oye
 Sonriéndose el Rey. Mas hoy ¿acaso
 Sospecha él? ¿O vos de mi homenaje
 Hastiada os sentís, y á vuestro dueño,
 A vuestro noble é intachable dueño,
 Ser más amable os proponéis?»

Miróle

Ella con leve risa y desdeñosa:
 —«Arturo, dijo, mi señor Arturo,
 El Rey sin tacha, el por demas perfecto
 (Pero ¿quién puede al sol mirar de frente?)
 Ni una palabra de reproche nunca
 Me dirigió, ni del secreto mio
 Tiene el menor vislumbre: ¡no se cura
 De mí! Sólo esta vez brilló en sus ojos

Cierta vaga sospecha : algún malvado
Se la infundió; pues él, siempre embebido
En su Tabla redonda, y exigiendo
Á sus Barones imposibles votos
Para hacerlos sus Pares, olvidado
Vive siempre de mí. Pero yo juzgo
Que es todo faltas quien ninguna tiene:
Yo quiero en mi amador algo terreno,
Que el sol bajando da el color: yo vuestra
Soy; sólo vuestra: las palabras mías
Oid, y obedeced: id á las justas.
El cínife, zumbando, nuestro sueño
Cuando más dulce interrumpir pudiera,
Roe sordamente la carcoma; á ambos
Podemos despreciar, pero ellos hieren.»

El jefe de los nobles Lanzarote:

—«¿Y con qué rostro, dijo, ¡oh Reina! puedo
Presentarme yo al Rey que su palabra
Honra á la par de Dios?»

—«Sí cierto; un niño,

Ella replica, muy moral, que el arte
Ignora de mandar: si le supiera
No me perdiera nunca. Pero oidme:
Yo os sugiero salida: dice el vulgo
Que sin sentir de vuestra lanza el bote
Los hombres caen á vuestro nombre sólo.
Id de oculto: venced; ¡por este beso
Vencereis! Luego el Rey, como la gloria
Fué la razon, perdonará gustoso
Vuestro pretexto: que si manso y dulce
Es, cual sabeis, nadie le iguala, nadie,
En amor á la gloria; y en los suyos
Aún más la anhela que en su propio nombre.
Id, venced y tornad.»

VII.

Ya Lanzarote

Pesaroso cabalga: los trillados
Caminos huye y toma las herbosas
Sendas, de escasa huella entre las dunas;
Y como pierde el pensamiento, al cabo
Tambien pierde el camino, hasta que toma
Sombreada vereda que, cruzando
En vueltas y revueltas las cañadas.
Lleva al castillo de Astolat. De léjos
Ve en la colina, con el sol poniente
Reluciendo las torres; su caballo
Dirige allá; suena la trompa; un mudo
Le abre la puerta, y le entra, y le desarma.
Él, extrañado de aquel mudo, sale

Al patio del castillo y halla al noble
Lord de Astolat, con sus gallardos hijos
Sir Torr y Sir Lavein, que iba á su encuentro;
Y un poco atrás la cándida doncella
Elena, su hija, sola, sin su madre,
Que ha largo tiempo la perdió. Llegaban
Con familiar franqueza chanceando:
Pero al ver al ilustre caballero
Callaron todos, y con blando rostro
Dijo el Lord de Astolat.—«De dónde vienes?
¿Y con qué nombre entre los hombres vives?
¡Oh huésped mio! Porque yo en tu traje
Y continente, sin querer, descubro
Al primero de aquellos que á la mesa
Del Rey se asientan, á su Rey cercanos.
A ese primero he visto yo: los otros
De la Tabla redonda, muy ilustres
Son, pero nunca los he visto.»

Afable,

Respondió Lanzarote:—«Conocido
Soy y asisto en Palacio, y conocido
Mi escudo es, que sin pensarlo traje.
Mas como voy de incógnito á las justas
De Camilot por el diamante, os pido
Que no insistais en conocer mi nombre:
Más tarde le sabreis, y hora la gracia
Hacedme de un escudo, sin empresa,
Blanco, ó al ménos con empresa extraña.»
—«El de Sir Torr os servirá, repuso
El noble Lord; en su primera justa
Mi hijo Sir Torr fué derribado, y guarda
Blanco su escudo por lo tanto.»

Oyendo

Lo cual Sir Torr—«Podeis llevarle, exclama,
Pues yo no le he de usar.»

Riendo el padre,

—«Cómo, señor audaz, prorumpes, ¿es digna
De un caballero esa respuesta acaso?
Vos perdonadle, os ruego: y ved á esotro
Mi hijo menor Lavein, tan animoso,
Que irá á las justas, ganará el diamante,
Y el dorado cabello de su hermana
Adornará con él, porque tres veces
Más caprichosa de lo que es, se torne.»
—«No, padre mio; no, mi buen padre, el

[jóven

Lavein exclama: ante tan noble huésped
No me afrenteis así; todo fué un juego;
Y mi hermano Sir Torr quedó vencido,
Nunca humillado en el fingido trance.
Por lo demas, sabed que esta doncella

Sonó que un caballero el gran diamante
 En su mano ponía, y que ella en vano
 Pugnaba por guardarle: la preciosa
 Joya se le escapaba, y en un río,
 Estanque ó pozo iba á caer. Y dije
 Yo entonces, como en juego: si á las justas
 Voy y venzo y te traigo el prez, segura
 Podrás guardarle...: pero todo en chanza.
 Mas si con vos á Camilot mi padre
 Ir me permite, no vencer, que fuera
 Soberbia imaginarlo; pero al ménos
 Sabré lidiar cual bueno. Sí; muy jóven
 Soy, y no obstante lidiaré cual bueno.»

—«A mucha gracia lo tendré, responde
 El huésped sonriendo, y me holgaría
 Si por guía y amigo, entre esas dunas,
 Donde viniendo me perdí, os llevara.
 Y ya en el campo, vos por el diamante,
 Que es grande y bello lidiareis brioso:
 Vencereis, si podeis, y á esta doncella
 Se le dareis, si así gustais.»

—«Diamante
 Tan grande y bello, con su rudo tono
 Sir Torr prorumpe, es propio de una Reina
 No de simples doncellas.»

Y su hermana
 Fijos en tierra los hermosos ojos,
 Al sentirse pospuesta ante un extraño
 Se sonrojó. Miróla el caballero,
 Y exclamó con sincera cortesía,
 No por falsa lisonja.—«Si lo hermoso
 Para lo hermoso es, y si en la cuenta
 Sólo se cuentan Reinas, muy errado
 Es mi juicio al juzgar que esta doncella
 Puede llevar la joya más hermosa
 Que haya en el mundo sin violar la regla
 De igual á igual.»

Elena, cautivada
 Por la armoniosa voz, alzó la vista
 Y leyó en sus facciones. El profundo
 Amor culpable que á la Reina tiene,
 En lid temible con el fuerte y noble
 Que al Rey profesa, marchitó su rostro
 Y de tempranas rugas le surcaba.
 Otro, en su vez, amando en tal altura
 A la mujer más bella de Occidente,
 La más bella quizás del mundo entero,
 Sintiera orgullo y ebriedad; y él siente
 Pena cruel que raya en agonía,
 Y cual maligno espíritu le acosa
 A hundirse en soledad.

Pero aún marchito
 Y con el sello del dolor oculto,
 Aún pareció á la tímida doncella
 El hombre más gallardo y el más noble
 Que en los festines entre ilustres damas
 Se presentó jamás. Y así marchito,
 Y de triple su edad, y en la mejilla
 Antigua cicatriz de adversa espada,
 Y tostado del sol, le amó...; vehemente
 Le amó con un amor que fué su hado.

VIII.

Y ya á ruego del Lord, el caballero
 Favorito en la corte, el más amable
 De todos los amables, á la grande
 Rústica sala del castillo pasa
 Gustoso, satisfecho, y no sintiendo
 Medio oculto desden, cual si encontrara
 Todo aquello inferior, sino cual miembro
 De la familia misma. Y los cortesés
 Castellanos con plática y manjares,
 Y con vinos y música obsequiarle
 Procuran; y del Rey y de la corte
 Y la Tabla redonda mil preguntas
 Le van haciendo; y él responde á todas
 Bien y al instante: pero al ver que alguno
 Mencionaba á Ginebra, de repente
 Quiso saber del mudo; y el Lord dijo:
 —«Diez años ha, los bárbaros infieles
 Le arrancaron la lengua, porque tuvo
 Noticia y me la dió del fiero intento
 De ellos contra mi casa. ¡Ay! á su costa
 Yo con mis tiernos hijos de la muerte
 O de terrible cautiverio pude
 Escapar, y en los bosques, junto al río,
 En una choza me albergué. ¡Funesto
 Tiempo fué aquel, hasta que Arturo en Bádón
 Venció al infiel de nuevo!»

—«Allí sin duda
 ¡Oh gran Señor! exclama arrebatado
 Lavein de ese entusiasmo que despierta
 En el jóven la idea de lo grande:
 ¡Allí debísteis pelear! ¡Oh! Habladnos
 De las guerras de Arturo. ¡Aquí vivimos
 Tan retirados!»—Lánzarote afable
 Le satisfizo largamente: había
 Acompañado á Arturo en la refriega
 Que todo un día retumbó en las bocas
 Del raudo Glem; y en la feroz de Bassa;
 Y en las cuatro batallas de las costas

De Dúglas; y en las lides que atronaron
 La selva Celidon; y en el famoso
 Castillo Gurnion, donde el Rey traía
 De una sola esmeralda el sacro busto
 Tallado de la Virgen sobre el peto,
 Y en torno un sol de reluciente plata
 Que centelleaba al respirar. Y estubo
 En Caerleon, donde auxilió á su amo,
 Cuando al feroz relincho del salvaje
 Caballo blanco, retemblaba el muro.
 Y en Agned Cathregónion, y en las playas
 Desiertas de Thrath Tréroit, donde tantos
 Paganos sucumbieron, y en el monte
 De Bádon. «¡Oh! yo le ví allí, prorumpe;
 Sí; yo mismo ví al Rey cargar al frente
 De su Tabla redonda y sus legiones
 ¡Cristo y Arturo apellidando; y luego
 Sobre un monton de muertos le ví rojo,
 Como el sol al nacer en sangre tinto
 De la espuela al penacho; y con tonante
 Voz al verme: ¡Están rotos, están rotos!
 Gritó: que el Rey, aunque apacible y manso
 Parece en casa; aunque descuida el triunfo
 En los torneos, y si la silla pierde
 Al bote de una lanza, sonriendo
 Dice que son sus bravos caballeros
 Mejores que él; en guerra con infieles
 Fuego de Dios le abraza: no hay quien pueda
 Igualar su valor; ni hay en el mundo
 Caudillo como él.»

—«Salva sin duda

Vuestra grandeza, ¡oh mi señor! pensaba
 Oyéndole la cándida doncella.»
 Y cuando de las pláticas de guerra
 Á familiares pláticas pasaba,
 Ella notó que sombras de tristeza,
 Al morir en sus labios la sourisa,
 Anublaban su frente: y al esmero
 Conque ella, distraerle y alegrarle
 Dulcemente intentaba, repentina
 Efusion de ternura en sus modales
 Brotaba y en su aspecto: y ella todo
 Natural lo creía; y todo acaso
 Por ella!

Luego en la callada noche
 Vió sin cesar su imagen. Como suele
 Fijándose un pintor hallar al hombre
 Detrás del rostro, y pinta con tal arte
 Las formas, la color, la vida, el alma
 Que vivo siempre á sus amantes hijos
 En el lienzo parece, así del huésped

El grave rostro en su esplendor sombrío
 De majestad y de nobleza lleno,
 Vivo le aparecía, en el silencio
 Hablándole y robando de sus ojos
 Toda la noche el sueño.

Rompió el alba;

Y ella medio engañándose y diciendo
 Que era preciso á su querido hermano
 Decir adios, se levantó; y de miedo
 Y de duda temblando, paso á paso
 La escalera larguísima bajaba.
 En esto oyó la voz de Lanzarote
 Decir:—«Amigo mio, ¿y el escudo?
 ¿Dónde está?»—y vió á Lavein cruzar el patio,
 Y se atrevió á salir, en el momento
 Que á su corcel el huésped cariñoso
 Se acercaba, y le hablaba acariciando
 Su recia espalda y su lustroso cuello.
 Ella medio envidiosa, avanza un poco
 Y enfrente de él se para. Y él la mira,
 Y más que si de pronto le asaltaran
 Siete enemigos se quedó turbado,
 Viendo á la luz del alba á la doncella;
 Y tan hermosa hallándola, cual nunca
 Ni en sueños la soñó, sintió en su pecho
 Religioso pavor al verla inmóvil
 Absorta contemplándole en el rostro
 Cual si mirara á un Dios.

Ella de pronto

Sintió vehemente singular deseo
 De que en la justa la divisa suya
 Llevara el caballero; y zozobrosa
 Prorumpió y dice así:—«Gallardo huésped,
 Cuyo nombre no sé, si bien acierto
 Que es noble, nobilísimo, decidme:
 ¿Quereis por gracia una divisa mia
 Llevar en el torneo?»—Y él responde:
 —«Es imposible, hermosa dama; nunca
 Llevo divisa yo. Tal mi costumbre
 Es, cual conocen, cuantos me conocen.»
 —«Mejor, ella añadió; pues encubierto
 Vais á las justas, si llevais divisa
 Méno riesgo correis de que os conozcan
 Los que os conocen.»—Y él pensó al instante
 Que era verdad y respondió:—«Hija mia,
 Teneis razon: la llevaré; traedla:
 ¿Qué es?»—Y ella contesta:—«Es una banda
 Roja, bordada en perlas.»—Y la trajo:
 Y él con sonrisa la enlazó á su yelmo
 Diciendo:—«Nunca por doncella alguna
 Hice otro tanto.»—Y ella de gozoso

Rubor cubierta, los divinos ojos
 No osaba levantar; pero de pronto
 Pálida se tornó, viendo á su hermano
 Llegar trayendo el ofrecido escudo
 Que entregó á Lanzarote; y éste el suyo
 Tomando, dijo á la doncella:—«Os pido,
 Hija mia, una gracia: que mi escudo
 Guardeis hasta mi vuelta.»—Y ella dice:
 «La gracia es para mí doble en un día.
 Vuestro escudero soy.»

Lavein entónces
 Riendo exclama: —«Cándida azucena,
 Porque no pueda con razon la gente
 Lllamaros azucena, los colores
 Quiero atraer á vuestro rostro, una,
 Dos y tres veces... y volved ahora
 A vuestro lecho.»—Así diciendo un beso,
 Y otro, y otro le daba; y Lanzarote
 Besó su propia mano; y en seguida
 Partieron.

Ella inmóvil un instante
 Quedó; despues precipitada avanza
 A la puerta y se para: allí apoyada
 En el escudo, los lucientes rizos
 Flotando en torno de su rostro grave
 Que aún sonrosaba el beso de su hermano,
 Mirando estuvo las bruñidas armas
 Resplandecer allá por los collados
 Y hundirse al fin. Tomó el escudo entónces,
 Subió á su torre y le guardó, y soñando
 Así vivia.

IX.

En tanto los viajeros
 Dejan atrás las des pobladas dunas
 Hasta llegar á retirado albergue,
 Cercano á Camilot, y conocido
 De Lanzarote. Allí cuarenta años
 Vivía un eremita, caballero
 Que un tiempo fué; y orando y trabajando,
 Y trabajando siempre, y siempre orando
 Una capilla abrió y un atrio y celdas,
 En la maciza, acantilada roca,
 Limpias, blancas y enjutas: en sus techos
 Se refleja la luz de la pradera
 Que debajo se extiende; y apacible
 Sube hasta allí el rumor que con las auras
 Los tembladores álamos y chopos
 Suelen hacer como de blanda lluvia.
 Allí llegaron ellos y posaron

Aquella noche.

Y cuando el nuevo día
 Rompió enviando á la repuesta cueva
 Sus primeros albores, diligentes
 Dejan el lecho, y oyen misa, y toman
 Desayuno frugal, y parten luego.
 Y Lanzarote dijo:—«Oid mi nombre,
 Pero guardadle oculto: LANZAROTE,
 Soy *el del LAGO.*»

Al escuchar tal nombre
 Mudo quedó Lavein: la reverencia
 Que se antepone en juveniles pechos
 Al propio orgullo, le dejaba apénas
 Balbucear—«¿Es cierto?»—y murmurando
 Despues entre sí mismo:—«¡Lanzarote!
 ¡El grande Lanzarote!...»—repetia.
 Al fin se recobró:—«Tan sólo á uno
 He visto, dijo; á él sólo; á vuestro amo,
 Al temido Pendrágon, Rey de Reyes,
 De quien cuentan misterios; si él se hallara
 Aquí presente en el instante mismo
 Perdiera yo la vista y exclamara:
 ¡Lo que he de ver lo he visto ya!»

En silencio

Siguió despues su marcha, y cuando al campo
 De Camilot llegaron, tendió ansioso
 Los ojos por la curva gradería,
 Que, cuajada de pueblo, semejava
 Iris tendido en la pradera verde.
 Y encontró al Rey y conoció al punto
 Por su espléndido rostro, y el alado
 Dragon de su corona, y la purpúrea
 Túnica que vestía recamada
 De dragones de oro. Del respaldo
 Del elevado trono dos dragones
 Dorados arrancaban, que formando
 Primero los dos brazos, á perderse
 Iban despues en caprichosos nudos
 Entre ramas y flores, entalladas
 Con rara perfeccion. Sobresalia
 Puesto con arte sobre el regio solio
 Del Rey ignoto el último diamante
 Centelleando al sol.

Y Lanzarote

Hablaba así á Lavein.—«Me habeis llamado
 El grande; y en verdad yo soy ahora
 El más firme en la silla, y es mi lanza
 La más pujante. Pero van creciendo
 Entre esa juventud ciento que un día
 Mi nombre eclipsarán. No, no soy grande;
 Yo sólo tengo de lo grande idea,

Para saber que no lo soy. El grande
Sólo es aquel.»—Lavein le contemplaba
Como un prodigio.

En esto las trompetas
Dan la señal, y á un tiempo los dos bandos,
Mantenedores y contrarios, todos
Bajan las lanzas, dan de espuela, arrancan,
Y en el medio se encuentran con tan fiero
Choque, que sordo trueno y terremoto
Pareciera á lo léjos, si quedara
Persona alguna en los contornos fuera
Del palenque en tal día.

Lanzarote

Queda suspenso un breve espacio; observa
Quiénes son los más débiles, y dando
Recio alarido con los otros cierra.
Y ¿á qué contar sus hechos? Rey ó Duque
Conde ó Baron, á quien encuentra, envía
De un bote al suelo.

Pero allí el palenque
Sus amigos y deudos mantenían
Con la Tabla redonda, formidables
Hombres, que airados viendo á un extranjero
Igualar y exceder de Lanzarote
Las insignes proezas, se decían
Unos á otros:—«¿Quién es ese?»—Y uno
Exclama:—«Vedle: por su fuerza y gracia
Y rapidez, parece Lanzarote.»—
—«Y ¿cuándo á Lanzarote, le responden,
Visteis de dama alguna en los torneos,
La divisa ostentar? No es tal su usanza,
Como conocen cuantos le conocen»—
—«Y entónces ¿quien es él?»—Y ardiendo

[en furia,

Y rabia, y celo por el nombre y gloria
De Lanzarote y de ellos, en el ristre
Ponen las lanzas, dan de espuela, arrancan,
Dejan atrás al viento los penachos,
Cierran todos con él. Como la ola
Verde, resplandeciente, con la erguida
Cresta lanzando espumas á las nubes,
En el ártico mar, rugiendo avanza
Y da contra una barca y á la barca
Arrolla y al barquero, así arrollaron
A Lanzarote y su corcel. Herido
De una lanza el corcel, cayó: otra lanza
Rompió el peto del noble; en su costado
Penetró, y rota el asta, el hierro agudo
Dejó en las carnes.

¡Oh cuán bien entónces
Se portó Sir Lavein! tendió de un bote

A un famoso guerrero. Su caballo
Da á Lanzarote: éste anheloso monta
Y áun oprimido de mortal congoja,
Quiere lidiar hasta morir. Le acuden
Los de su bando; y él á sus amigos,
Y á la Tabla redonda y á sus deudos
Hace cejar hasta que dan de espaldas
En las barreras. Suerte milagrosa
La aclaman todos: los Heraldos gritan
Que es vencedor el de la roja banda
Bordada en perlas.—«Adelante, dicen;
Ven y toma el diamante.»—Y él responde:
—«No hay para mi diamantes: aire quiero;
¡Aire, por Dios! ¡El premio!; no hay más

[premio

Para mí que la muerte! ¡Y hora léjos
Huyo: no me sigais: por Dios lo pido!»
Dijo, y huyó: Lavein le sigue y llegan
Al bosque de los álamos; y al suelo
Dejándose caer, pudiendo apénas
Ya respirar, al buen Lavein decia:
—«Sacadme el hierro.»—«¡Oh mi señor!,
[exclama

Lavein, yo temo que murais al punto
Que tal hiciere.» Y él replica:—«Muero
Así tambien; sacadle, sí, sacadle.»—
Tira Lavein del hierro: un espantoso
Grito da Lanzarote de agonía:
Salta la sangre á borboton: y él presa
De desmayo letal pierde el sentido.
Acude el Ermitaño, le restaña
La sangre y le coloca en blando lecho.
Y allí en la celda oculto, entre la vida
Y la muerte oscilando, un día y muchos,
Amparado del mundo por el bosque
De tembladores álamos y chopos
Con su rumor como de blanda lluvia,
El malherido caballero estuvo.

LOPE GIBBERT.

(La continuacion en el próximo número.)

LAS FUNCIONES DEL CEREBRO.

I.

Localizar las operaciones de la vida en los diferentes órganos del cuerpo que la sirven de instrumentos, ha sido el primer cuidado de la fisiología. Por ello considera la digestion propia del estómago. la circulacion del corazon. la respira-

cion del pulmon, y por ello tambien se ha determinado el lugar de la inteligencia y del pensamiento en el cerebro; pero respecto á este último órgano créese generalmente que se debe ser ménos explícito, considerando que la expresion metafísica de las facultades intelectuales y morales, no es pura y sencillamente producto de una operacion cerebral.

Descartes, á quien debe comprenderse en el número de los promovedores de la fisiología moderna, por haber reconocido que las explicaciones de los fenómenos de la vida sólo pueden nacer de las leyes de la fisica y de la mecánica generales, se expresa con precision en este punto. Adoptando las ideas de Galeno sobre la formacion de espíritus animales en el cerebro, les atribuye la mision de esparcirse por medio de los nervios en toda la máquina animada, llevando á cada una de sus partes el impulso necesario á su especial actividad. Sin embargo, como superior y distinta de esta funcion fisiológica del cerebro, Descartes admite el alma que da al hombre la facultad de pensar, y que, segun dicho filósofo, reside en la médula espinal, dirigiendo los espíritus animales que de ella emanan y le están subordinados.

La opinion de Descartes sobre las funciones del cerebro no merece hoy examinarse fisiológicamente. Fundadas sus observaciones en conocimientos anatómicos incompletos, las hipótesis que de ellas han nacido se resienten de falta de base para el estudio. Tienen, sin embargo, para nosotros valor histórico, y demuestran que el gran filósofo reconocia en el cerebro dos cosas: un mecanismo fisiológico, y superior é independiente de él, la facultad pensadora del alma.

Estas ideas son, con leves modificaciones, las que han imperado despues entre muchos filósofos y algunos naturalistas, para los cuales, el cerebro, donde se verifican las funciones más importantes del sistema nervioso, no es el órgano real del pensamiento, sino el *substratum* de la inteligencia.

Se objeta, en efecto, con frecuencia que el cerebro forma una excepcion fisiológica respecto á los demas órganos del cuerpo, en cuanto es centro de manifestaciones metafísicas, ajenas al dominio del fisiólogo. Compréndese que se expliquen la digestion, la respiracion, la locomocion, etc., como fenómenos de química, de fisica y de mecánica; pero no que el pensamiento, la inteligencia y la voluntad puedan ser objeto de explicaciones semejantes. Hay en este caso, dicen, un abismo entre el órgano y la funcion, porque se trata de fenómenos metafísicos, y no de mecanismos fisico-químicos.

Blainville en su curso de *Zoología* insistia mu-

cho en la definicion del *órgano* y del *substratum*. «En el órgano, dice, hay relacion visible y necesaria entre la estructura anatómica y la funcion. La conformidad y disposicion de los orificios del corazon y de sus válvulas, da perfectamente idea de la circulacion de la sangre. Nada de esto se observa en el *substratum*; el cerebro es el *substratum* del pensamiento; en él reside, pero el pensamiento no puede deducirse de la anatomia cerebral.»

Fundándose en consideraciones de esta especie, se ha pretendido que la razon podia estar perturbada en los dementes de un modo llamado *esencial*, es decir, sin que exista lesion material alguna en el cerebro. Tambien se ha defendido la opinion reciproca, citándose en tratados de fisiología, casos en que la inteligencia se manifestaba íntegra en individuos cuyo cerebro estaba reblanecido ó petrificado.

Los progresos de la ciencia han destruido hoy estas doctrinas. Conviene, sin embargo, reconocer que los fisiólogos que se han permitido modernamente las más delicadas investigaciones sobre la estructura del cerebro, para localizar el pensamiento en una sustancia particular, ó en células nerviosas de forma y orden determinado, no han resuelto la cuestion; limitándose en realidad á oponer hipótesis materialistas á otras hipótesis espiritualistas.

La única deduccion legitima de cuanto precede, consiste en que nos es desconocido el mecanismo del pensamiento, y creo que todo el mundo estará de acuerdo en este punto. Pero la cuestion fundamental que hemos propuesto subsiste; pues lo que importa saber es, si nuestra ignorancia en este asunto es ignorancia relativa que desaparecerá con el progreso de la ciencia, ó ignorancia absoluta, por tratarse de un problema vital que debe permanecer siempre fuera de los dominios de la fisiología.

Rechazo por mi parte esta última opinion, porque no admito que la verdad científica pueda fraccionarse. ¿Se comprende que el fisiólogo pueda explicar los fenómenos que se realizan en todos los órganos del cuerpo, exceptuando una parte de aquellos que se verifican en el cerebro? En los fenómenos de la vida no pueden existir tales distinciones. Estos fenómenos presentan, sin duda alguna, grados de complejidad muy distintos, pero en todos existe la misma razon para ser accesibles ó inaccesibles á nuestras investigaciones; y el cerebro, por maravillosas que nos parezcan sus manifestaciones metafísicas, no puede ser una excepcion respecto á los demas órganos del cuerpo.

II.

Los fenómenos metafísicos del pensamiento, de la conciencia y de la inteligencia, que sirven de manifestaciones diversas al alma humana, considerados bajo el punto de vista fisiológico, no son más que fenómenos ordinarios de la vida, ni pueden ser otra cosa que resultado de la función del órgano que los expresa. Demostraremos, en efecto, que la fisiología del cerebro se deduce, como la de todos los demás órganos del cuerpo, de las observaciones anatómicas, de la experimentación fisiológica y de los conocimientos de anatomía patológica.

En su desarrollo anatómico, el cerebro sigue la ley común, es decir, que aumenta de volumen en proporción de la potencia de las funciones que ha de ejecutar. En la serie animal, á medida que la inteligencia se va manifestando, el cerebro adquiere mayor desarrollo, y en el hombre, en quien los fenómenos intelectuales llegan á su más elevada expresión, el órgano cerebral presenta el volumen más considerable.

Según la forma del cerebro y el número de surcos ó circunvoluciones que se dibujan en su superficie, puede juzgarse la inteligencia de los diversos animales. Pero no sólo cambia el aspecto exterior del cerebro á medida que varían sus funciones, sino que la complejidad de su estructura íntima también crece en proporción á la variedad é intensidad de las funciones intelectuales.

En cuanto á la textura del cerebro no estamos en los tiempos de Bufon, que consideraba el cerebro, llamándole así desdeñosamente, *una sustancia mucosa sin importancia*. Los progresos de la anatomía general y de la histología nos enseñan que el órgano cerebral posee la textura más delicada y compleja, á la vez, de todos los aparatos nerviosos. Los elementos anatómicos que lo componen son elementos nerviosos en forma de tubos y de células combinadas y unidas entre sí. Estos elementos son semejantes en todos los animales por sus propiedades fisiológicas y por sus caracteres histológicos, diferenciándose en el número, en las anastomosis, en las relaciones, y en una palabra, en su modo especial de colocación, que presenta una disposición particular en el cerebro de cada especie. En esto también el cerebro sigue la ley general, porque el elemento anatómico en todos los órganos tiene caracteres fijos que le dan á conocer, y la perfección orgánica consiste en la disposición de estos elementos que en cada especie animal presenta una forma específica. Cada órgano es en realidad un aparato cuyos elementos constitutivos permanecen idénticos, pero cuya agrupación se hace más complicada á proporción

que las funciones del órgano son más variadas y más perfectas.

Examinando las condiciones orgánicas y fisicoquímicas necesarias al mantenimiento de la vida y al ejercicio de las funciones, veremos que son iguales en el cerebro y en todos los demás órganos. La sangre obra en los elementos anatómicos de todos los tejidos, llevándoles las condiciones de nutrición, de temperatura y de humedad que les son indispensables. Cuando la sangre afluye en menor cantidad de la necesaria á un órgano cualquiera, la actividad de sus funciones se modera y el órgano entra en reposo; pero si el fluido sanguíneo se suprime, las propiedades elementales del tejido se alteran poco á poco al mismo tiempo que las funciones terminan. Con los elementos anatómicos del cerebro sucede absolutamente lo mismo. Cuando cesa la sangre de llegar á él, las propiedades nerviosas se alteran, de igual modo que las funciones cerebrales acaban por desaparecer, si la anemia llega á ser completa. Una sencilla modificación en la temperatura de la sangre, en su presión, basta para producir perturbaciones profundas en la sensibilidad, el movimiento ó la voluntad.

Todos los órganos del cuerpo presentan alternativamente un estado de reposo ó un estado de actividad en los cuales los fenómenos circulatorios son por esencia distintos. Este es un hecho indudable que se ha comprobado por numerosas observaciones, realizadas en los más diversos aparatos orgánicos.

Cuando se examina, por ejemplo, el tubo digestivo de un animal en ayunas, encuéntrase la membrana mucosa que reviste la superficie interna del estómago y de los intestinos, pálida y poco vascularizada. Durante la digestión sucede lo contrario; la misma membrana está roja y tumefacta por la sangre que afluye á ella con fuerza. Estas dos fases circulatorias en el estado de reposo y en el de actividad se han comprobado directamente en el estómago del hombre vivo. Todos los fisiólogos saben la historia de un joven canadiense accidentalmente herido de un disparo de mosquete cargado con plomos; disparo que recibió casi á quema-ropa en el hipocondrio izquierdo. La cavidad abdominal había sido abierta por una enorme herida contusa, y el estómago anchamente perforado dejaba escapar los alimentos de la última comida.

El doctor Beaumont, cirujano del ejército de los Estados-Unidos, curó al herido; pero quedó á éste una llaga fistulosa de 35 á 40 milímetros de circunferencia, al través de la cual se podían introducir diferentes cuerpos é inspeccionar fácilmente lo que en su estómago ocurría.

Deseando estudiar el doctor Beaumont este caso notable, conservó como criado al canadiense, cuya salud, y en particular las facultades digestivas, estaban completamente restablecidas. Túvose siete años á su servicio, durante los cuales hizo gran número de observaciones de verdadera importancia para la fisiología.

Mirando al interior del estómago cuando estaba en ayunas, veíase perfectamente la membrana interna formando repliegues irregulares, y cuya superficie de color de rosa pálido no estaba animada por ningun movimiento, lubricándola tan sólo el moco. Cuando las sustancias alimenticias bajaban al estómago y tocaban la membrana mucosa, acelerábase en ella la circulación, se avivaba el color y aparecían los movimientos peristálticos. Las papilas mucosas vertían entónces el jugo gástrico, fiúido, claro y trasparente, destinado á disolver los alimentos. Al enjugar con una esponja ó con un lienzo fino la mucosidad que cubria la membrana vellosa se veía inmediatamente reaparecer el jugo gástrico, reuniéndose en gotitas, que se deslizaban á lo largo de las paredes del estómago como el sudor por el rostro.

Lo que acabamos de ver respecto de la membrana mucosa gástrica, se observa de igual modo en todo el intestino y en todos los órganos glandulares anejos al aparato digestivo. Las glándulas salivares y el páncreas, durante los intervalos de la digestión, presentan un tejido pálido y falto de sangre, cuyas secreciones se suspenden por completo; al contrario, en el periodo digestivo estas glándulas están llenas de sangre, rutilantes, y como eréctiles, segregando sus conductos abundantes líquidos.

Existen, pues, en los órganos dos órdenes de circulación: una es la *circulación general*, conocida desde que la descubrió Harvey, y otra, las circulaciones locales, descubiertas y estudiadas en estos últimos tiempos. En los fenómenos de circulación general, la sangre no hace más que atravesar las partes para pasar de las arterias á las venas: en los de circulación local, que es la verdadera circulación funcional, el fiúido sanguíneo penetra en todos los repliegues del órgano y se acumula alrededor de los elementos anatómicos para despertar y excitar la actividad propia de cada uno.

El sistema nervioso, sensitivo y vaso-motor preside y dirige todos los fenómenos de circulación local que acompañan las funciones orgánicas. La saliva, pues, se produce abundantemente cuando un cuerpo sávido impresiona los nervios de la membrana mucosa local, y el jugo gástrico se forma y segrega bajo la influencia del contacto

de los alimentos en la superficie sensible del estómago.

Esta excitación mecánica sobre los nervios sensitivos periféricos, obrando en el órgano por acción refleja, puede ser reemplazada por una excitación puramente psíquica ó cerebral. Se demuestra con un experimento muy sencillo. Descúbrese en el lado de la mandíbula de un caballo en ayunas el canal excretor de la glándula parótida; se divide este conducto y nada sale; la glándula está en reposo. Si entónces se le hace ver al caballo la avena, ó mejor, si se le mueve en sentido que indique al animal que se le va á dar de comer, aparece inmediatamente un chorrito continuo de saliva del conducto parotideo, y al mismo tiempo el tejido de la glándula se inyecta, siendo objeto de una circulación más activa.

El doctor Beaumont observó en el jóven canadiense fenómenos análogos. La idea de una comida succulenta, no sólo provocaba la secreción de las glándulas salivares, sino que además hacia afluir inmediatamente la sangre á la membrana mucosa estomacal.

Lo dicho acerca de las circulaciones locales ó funcionales no se aplica sólo á los órganos secretores donde se verifica la separación de un líquido que se forma con ayuda mayor ó menor de la sangre; es un fenómeno general que se observa en todos los órganos, cualquiera que sea la naturaleza de sus funciones. El sistema muscular que sólo produce un trabajo mecánico, se encuentra en igual caso que las glándulas que obran químicamente. Cuando el músculo funciona, la sangre circula con mayor actividad, y esta circulación se modera cuando el órgano reposa. El sistema nervioso periférico, la médula espinal y el cerebro, que sirven para las manifestaciones de los fenómenos de la inervación y de la inteligencia están sujetos también á esta ley, segun vamos á demostrar.

Durante largo tiempo, las opiniones erróneas dominantes sobre las condiciones del sueño, considerado con acierto como estado de reposo del órgano cerebral, han sido obstáculo para averiguar las relaciones que existen entre los fenómenos circulatorios del cerebro y la actividad funcional de este órgano. Creían los antiguos que el estado de sueño era consecuencia de una compresión verificada en el cerebro por la sangre cuando su circulación se hacia más lenta. Suponian que esta presión se ejercía especialmente en la parte posterior de la cabeza, en el punto donde los senos venosos de la *dura-mater* terminan en un confluente comun, que se llama aún *torcular* ó *prensa de Heróphilo*; nombre del anatómico que hizo su primera descripción. Estas explicaciones

hipotéticas han llegado hasta nosotros, y sólo en los últimos años la experimentación ha demostrado su falsedad. Se ha probado, en efecto, con experiencias directas, que en vez de estar el cerebro, durante el sueño, congestionado, se encuentra por el contrario pálido y exánime, mientras que en la vigilia la circulación, siendo más activa, provoca un aflujo de sangre que está en razón directa de la intensidad de las funciones cerebrales. Bajo este punto de vista se parecen el sueño natural y el sueño anestésico del clorofórmico. En ambos casos, sumido el cerebro en reposo ó en inacción, presenta la misma palidez y la misma anemia relativa.

La experiencia se hace del siguiente modo: quitase á un animal con cuidado una parte de la pared huesosa del cráneo, dejando al descubierto el cerebro, de modo que pueda observarse la circulación en la superficie de este órgano; se obliga entónces al animal á respirar el clorofórmico para producir la anestesia. En el primer período excitante de la acción clorofórmica, se ve al cerebro congestionarse y formar hernia hácia afuera; pero cuando llega el período del sueño anestésico, la sustancia cerebral se aplasta y palidece, presentando á la vista una debilidad de la circulación capilar que persiste mientras dura el estado de sueño ó de reposo cerebral.

Para observar el cerebro durante el sueño natural se ha hecho en perros la operación del trépano, reemplazando la parte de hueso quitada con un cristal de reloj exactamente aplicado, á fin de impedir la acción irritante del aire exterior. Los animales sobreviven bien á la operación, y observando su cerebro por esta especie de ventana, en la vigilia y en el sueño, se ve que, cuando el perro duerme, el cerebro está siempre más pálido, y que al despertar, cuando las funciones cerebrales recobran su actividad, constantemente afluye la sangre.

En el cerebro humano se han visto también directamente hechos análogos á los observados en los animales. A consecuencia de un horrible accidente en un ferro-carril, resultó herido en la cabeza, con pérdida de sustancia, un hombre, presentándose á la vista el cerebro en una extensión de tres pulgadas de ancho por seis de la go. El herido sufría frecuentes y graves ataques de epilepsia y de coma, durante los cuales invariablemente se elevaba el cerebro. Pasados los ataques sobrevenia el sueño, y la hernia cerebral iba gradualmente disminuyendo. Cuando el enfermo estaba despierto, formábase de nuevo la hernia subiendo hasta el nivel de la superficie externa del hueso.

En otro herido de una fractura en el cráneo pudo observarse la circulación cerebral mientras

se le administraban los anestésicos. Al principiar la inhalación, la superficie cerebral aparecía arborescente é inyectada; la hemorragia y los movimientos del cerebro aumentaban; después, en el momento del sueño, la superficie del cerebro descendía poco á poco hasta más abajo de la ruptura, haciéndose relativamente pálida y anémica.

En resumen, el cerebro está sometido á la ley común que preside la circulación de la sangre en todos los órganos. En virtud de esta ley, cuando los órganos duermen y se suspenden sus funciones, la circulación en ellos es ménos activa, aumentando, por el contrario, cuando empiezan de nuevo á funcionar. Repito, pues, que el cerebro no está exceptuado de esta ley general como se había creído, demostrándose hoy que el estado del sueño coincide, no con su congestión, sino con su anemia.

Si estudiamos ahora las relaciones que existen entre la sobreactividad circulatoria de la sangre y el estado funcional de los órganos, fácilmente veremos que este aflujo más considerable del líquido sanguíneo está relacionado con una mayor intensidad, en las metamorfosis químicas que se verifican en el seno de los tejidos, y con un acrecentamiento en los fenómenos caloríficos, que son su inmediata y necesaria consecuencia.

La producción del calor en los seres vivos es un hecho probado desde la más remota antigüedad; pero los antiguos tuvieron ideas erróneas acerca del origen del calor, atribuyéndolo á una potencia orgánica innata, residente en el corazón, foco donde hervían la sangre y las pasiones. Posteriormente se consideró el pulmón como una especie de calorífero al que la masa de la sangre iba sucesivamente á tomar el calor que la circulación distribuía por todo el cuerpo.

Los progresos de la fisiología moderna han demostrado que todas estas localizaciones absolutas de las condiciones de la vida son quiméricas. Las fuentes del calor animal están en todas partes, y en ninguna de un modo exclusivo. La temperatura se mantiene, fija casi siempre, en el hombre y en los animales de sangre caliente por la armonía funcional de sus diversos órganos, habiendo, en verdad, tantos focos caloríficos como órganos y tejidos particulares, y debiendo siempre relacionarse la producción del calor con el trabajo orgánico funcional. Cuando un músculo se contrae, cuando una superficie mucosa ó una glándula segrega, hay invariablemente producción de calor, al mismo tiempo que se produce una sobreexcitación en los fenómenos circulatorios locales.

¿Sucede lo mismo en el sistema nervioso en ge

neral y en el cerebro? Los experimentos modernos no dejan duda alguna. Cada vez que la médula espinal y los nervios manifiestan sensibilidad ó movimiento; cada vez que se verifica un trabajo intelectual en el cerebro, se produce en él una cantidad de calor correspondiente. Debemos, pues, considerar el calor en la economía animal como una resultante del trabajo orgánico de todas las partes del cuerpo, pero al mismo tiempo es también el principio de actividad de cada una de estas partes. Dicha correlación es sobre todo indispensable en el cerebro y en el sistema nervioso de quienes dependen todas las demás acciones vitales. Las experiencias han demostrado que el tejido del cerebro es de todos los órganos del cuerpo el que presenta la temperatura más elevada. En el hombre y en los animales de sangre caliente, el cerebro produce por sí mismo el calor necesario á la manifestación de sus propiedades de tejido. Si no fuera así se enfriaría infaliblemente, entorpeciendo en seguida todas las funciones cerebrales y desapareciendo la inteligencia y la voluntad. Esto es lo que sucede á los animales de sangre fría, en los que las funciones de calorificación no son suficientes para que el organismo resista las causas exteriores de enfriamiento.

III.

Bajo el punto de vista de las condiciones orgánicas ó fisico-químicas de sus funciones, el cerebro no presenta, pues, ninguna excepción. Y si pasamos á la experimentación fisiológica, veremos que pueden analizarse los fenómenos cerebrales del mismo modo que los de los demás órganos.

El procedimiento experimental que se practica con más frecuencia para determinar las funciones de los órganos, consiste en excitarlos ó en destruirlos de un modo lento ó brusco para juzgar la operación del órgano, según las perturbaciones especiales producidas en los fenómenos de la vida.

Este procedimiento de destrucción ó de ablación orgánica, que constituye un método brutal de vivisección, ha sido aplicado en grande escala al estudio de todo el sistema nervioso. Así, pues, cuando se corta un nervio y las partes en que se distribuye pierden su sensibilidad, deducimos que es un nervio de sensibilidad, y si el movimiento desaparece, que es un nervio de movimiento.

El mismo método se ha empleado para conocer las funciones de las diversas partes del órgano encefálico, y, aunque tropezando con nuevas dificultades de ejecución, á causa de la complejidad de las partes, este método ha producido resultados generalmente incontestables. Todo el mundo sabe ya que la inteligencia no es posible sin el cerebro,

pero la experimentación ha determinado el papel que desempeña cada una de las partes del encéfalo; ella nos demuestra que la conciencia ó la inteligencia propiamente dicha reside en los glóbulos cerebrales, mientras que las partes inferiores del encéfalo contienen centros nerviosos afectos á funciones orgánicas de orden inferior. No entraré en la descripción del objeto particular de estas diferentes especies de centros nerviosos que se sobreponen y escalonan en cierto modo hasta en la médula espinal; basta asegurar que este conocimiento se debe al método de vivisección ó ablación orgánica, aplicado generalmente á todas las investigaciones fisiológicas. En este punto el cerebro se encuentra en el mismo caso que todos los demás órganos del cuerpo, y cada lesión en su sustancia produce en sus funciones una perturbación característica, correspondiente siempre á la mutilación ocasionada.

El fisiólogo no se limita, por medio de las lesiones cerebrales que produce, á provocar parálisis locales, que suprimen la acción de la voluntad sobre determinados aparatos orgánicos; puede también, rompiendo sólo el equilibrio de las funciones cerebrales, suprimir la libertad en los movimientos voluntarios. Hiriendo los pedúnculos cerebelosos y diversos puntos del encéfalo, el experimentador puede á su gusto hacer marchar un animal á derecha, á izquierda, de frente, hácia atrás, ú obligarle á dar vueltas sobre su eje. La voluntad del animal persiste, pero no la libertad de dirigir sus movimientos; y, á pesar de los esfuerzos de aquella, camina fatalmente en el sentido que la lesión orgánica ha determinado. Los patólogos han señalado en el hombre gran número de hechos análogos, y las lesiones de los pedúnculos cerebelosos determinan en él, como en los animales, movimientos de rotación. Hay enfermos que no pueden andar sino de frente; y, por cruel ironía de la suerte, un anciano y bravo general no podía hacerlo sino hácia atrás. La voluntad que parte del cerebro no se ejerce directamente sobre nuestros órganos locomotores, sino sobre centros nerviosos secundarios en los que debe existir un equilibrio fisiológico perfecto.

Hay otro modo de experimentación más delicado, que consiste en introducir en la sangre diversas sustancias tóxicas, destinadas á producir su acción en los elementos anatómicos de los órganos, los cuales quedan en su sitio y conservan su integridad. Por medio de este método, se pueden extinguir aisladamente las propiedades de ciertos elementos nerviosos y cerebrales, como se aíslan también otros elementos orgánicos, musculares ó sanguíneos.

Los anestésicos, por ejemplo, hacen desapare-

cer la conciencia y entorpecen la sensibilidad, dejando intacta la facultad motriz. La curara al contrario, destruye la motricidad y deja intacta la sensibilidad y la voluntad; los venenos del corazón suprimen la contractibilidad muscular; el óxido de carbono destruye la propiedad oxidante del glóbulo sanguíneo, sin hacer modificación ninguna en las propiedades de los elementos nerviosos.

Se vé, pues, que por este método de investigación ó de análisis elemental de las propiedades orgánicas, se puede estudiar el cerebro y los fenómenos que en él se producen, del mismo modo que los demás aparatos funcionales del cuerpo.

Hay por fin un tercer método de experimentación que puede llamarse método de experiencia por reintegración, y que reuniendo en cierto modo el análisis y la síntesis fisiológicas, permiten determinar por prueba y contra prueba las relaciones que unen la función á su órgano en las manifestaciones cerebrales. Cuando se quita el cerebro á los animales inferiores, necesariamente se suprime la función del órgano, pero la persistencia de la vida en estos seres permite al cerebro reconstituirse, y á medida que el órgano se regenera, se ven reaparecer las funciones.

Esta misma experiencia puede verificarse con buen éxito en animales superiores, como los pájaros, en los cuales la inteligencia está mucho más desarrollada. Quitando los glóbulos cerebrales á un palomo, por ejemplo, el animal pierde inmediatamente el uso de los sentidos y la facultad de buscar su alimento, pero si se le hace tragar la comida, puede sobrevivir, porque las funciones nutritivas permanecen intactas mientras se respetan sus centros nerviosos especiales. Poco á poco se regenera el cerebro con sus elementos anatómicos especiales, y á medida que se verifica esta regeneración, se ven también renacer el uso de los sentidos, los instintos y la inteligencia del animal.

En este punto repetiré que la experiencia ha sido completa, verificándose en cierto modo el análisis y la síntesis de la función vital, puesto que la destrucción sucesiva de las diversas partes del cerebro ha suprimido sucesivamente también sus diversas manifestaciones funcionales, y la reproducción de estas mismas partes ha hecho reaparecer sus mismas manifestaciones. Excusado es añadir que igual sucede con todas las demás partes del cuerpo susceptibles de ser reintegradas.

Las enfermedades, que en el fondo no son más que perturbaciones vitales producidas por la naturaleza, en vez de ser provocadas por la mano del fisiólogo, afectan al cerebro conforme á las leyes ordinarias de la patología, es decir, produciendo perturbaciones funcionales que están

siempre relacionadas con la naturaleza y el sitio de la lesión. El cerebro tiene, pues, su anatomía patológica como todos los órganos del cuerpo, y la patología cerebral su sintomatología especial como la de los demás órganos.

En la enajenación mental, vemos las perturbaciones más extraordinarias de la razón, cuyo estudio es mina fecunda que pueden explotar el fisiólogo y el filósofo, pero las diversas formas de la locura ó del delirio son desarreglos de la función normal del cerebro; y estas alteraciones de función están en el órgano cerebral, como en los demás, ligadas á alteraciones anatómicas constantes. Si en muchas circunstancias no son todavía conocidas, culpa es sólo de que nuestros medios de investigación no son perfectos. Además, ¿no vemos que ciertos venenos, como el opio y la curara, paralizan los nervios y el cerebro sin que se pueda descubrir en la sustancia nerviosa ninguna alteración perceptible? Y sin embargo, tenemos seguridad de que estas alteraciones existen, porque admitir lo contrario sería aceptar un efecto sin causa. Cuando el veneno deja de obrar, las perturbaciones intelectuales desaparecen, y el estado normal renace; como cuando las lesiones patológicas curan, las perturbaciones de la inteligencia cesan y vuelve la razón. La patología proporciona, pues, en este punto una especie de análisis y de síntesis funcional, igual al que se observa en las experiencias de reintegración. La enfermedad suprime, en efecto, más ó menos completamente la función, alterando la textura del órgano; y la curación, restableciendo el estado orgánico normal, restituye la función.

Si las manifestaciones funcionales del cerebro han sido las primeras en fijar la atención de los filósofos, serán ciertamente las últimas que explicarán los fisiólogos. Creemos que los progresos de la ciencia moderna permiten hoy abordar la fisiología del cerebro; pero antes de entrar en el estudio de las funciones cerebrales, conviene ponerse de acuerdo en el punto de partida. Sólo hemos procurado en este escrito fijar un término del problema, y demostrar que debe rechazarse la idea de que el cerebro forme una excepción en el organismo, siendo el *substratum* de la inteligencia y no su órgano. Esta idea, no sólo es anticuada, sino anticientífica y perjudicial al progreso de la fisiología y de la psicología. ¿Cómo se comprende que un aparato cualquiera del dominio de la naturaleza bruta ó viva puede ser asiento de un fenómeno, sin ser también su instrumento? En la cuestión de las funciones del cerebro, evidentemente influyen ideas preconcebidas, combatiéndose la solución con argumentos determinados. Unos no admiten que el cerebro sea

el órgano de la inteligencia porque temen que esta confesion les comprometa en pró de las doctrinas materialistas; otros, por el contrario, se apresuran á colocar arbitrariamente la inteligencia en una célula nerviosa, redonda ó fusiforme para que no se les tache de espiritualismo.

Estos temores no nos preocupan. La fisiología nos demuestra que, salvo la diferencia y la complejidad mayor de los fenómenos, el cerebro es el órgano de la inteligencia, como el corazon es el órgano de la circulacion y la laringe el órgano de la voz. En todos ellos advertimos una relacion necesaria entre los órganos y sus funciones, constituyendo un principio general al que está sujeto todo el organismo.

La fisiología debe, pues, imitando el ejemplo de ciencias más adelantadas, deshacerse de las trabas filosóficas que estorban su marcha; su mision es investigar la verdad con calma y confianza; su objeto fijarla de un modo imperecedero, sin temer nunca la forma en que pueda aparecer.

CLAUDIO BERNARD.
De la Academia de Ciencias.

(Revue de Deux Mondes.)

DER FREYSCHÜTZ.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

Un exceso de bondad de parte de V., nacido del buen afecto que me profesa, y por otro lado este pícaro carácter que Dios me dió, son causa de que hoy coja la pluma, y á la manera del fraile de Campazas, deje los libros y me meta, si no á predicador como el famoso hijo de Catánla Rebollo, á cronista de las novedades musicales que por estos mundos ocurran, sin más títulos para ello que los que aquel celeberrimo fraile pudiera tener para encaramarse á la cátedra del Evangelio.

Dicho esto en descargo de mi conciencia, y contando, hipótesis que á veces suele ser bastante gratuita, con que el público lector sea más pio, benévolo é indulgente de lo que le suponía Quevedo en más de una ocasion, diré á V. que allá, á fines del pasado siglo y en los principios del presente, habia en Darmstad un buen clérigo, tan firme en su fe religiosa como en sus creencias de artista, especie de oráculo musical, ante el que todas las inteligencias inclinaban su cabeza, y cuyo *ææquatur* en materias que al divino arte tocaban, era de tanta ó más autoridad que el de su contemporáneo el famoso padre Martini, de Bolonia. El abate Vogler, que es á quien nos re-

ferimos, tenia una especie de seminario, cuya tranquilidad y alejamiento del mundo contrastaba con la agitacion y movimiento en los espíritus que por entónces reinaban en Europa, y en donde todas las comuniones se codeaban, á condicion de profesar una misma fe y un mismo culto en materia de arte. En aquel pequeño noviciado de benedictinos, como lo llama el autor de quien tomamos estas noticias, se educaban, por el tiempo á que nos referimos, dos jóvenes, ligados por estrecha amistad y cuyas obras habian más tarde de marcar época é imprimir determinado movimiento en el mundo musical: Cárlos María de Weber, y Meyerbeer. No ha de faltar por cierto ocasion, si V. sigue siendo benévolo, y el lector paciente conmigo, de que nos ocupemos de éste último, y claro se está que estando tan reciente la representacion del *Freyschütz* en el teatro de la Opera, aquel ha de ser hoy el objeto de estos desaliñados borrones.

No creo de grande interes para el lector que refiera á V. los detalles íntimos de aquella escuela, en donde se educaron estos dos grandes génius del género lírico-dramático; pero, en fin, no estará demas el decir, que el creador de Samiel, el diablo más diablo que se ha presentado en escena, empezaba su dia ayudando, en su cualidad de católico, la misa que al rayar el alba decia Vogler, pasaba el resto de él ocupado en sus estudios de contrapunto y composicion, y allá por la tarde, con Meyerbeer, á quien Vogler habia hecho venir á su escuela, asegurándole (son las palabras de su carta) *le abriria los manantiales inagotables de la ciencia musical*, acompañaba á su maestro á la catedral; y una vez allí, apoderados de sus magníficos órganos, se entregaban los tres á todas las maravillas de una inspiracion robustecida por un continuado estudio y un profundo saber.

Haya en esto más ó ménos exactitud, lo cierto es que Weber, dibujante en su principio, y tanto como que él se atribuye en una carta que dirigió á la casa de comercio de música de Artaria, en Viena, y que por cierto no mereció respuesta, *el invento de grabar notas sobre piedra, que no ceden en nada al mejor grabado inglés sobre cobre*, cuando ya era conocido el procedimiento litográfico descubierta por Snnefelder, pronto tiró el lápiz, cogió la pluma, y pertrechado con los conocimientos que le habian infundido Miguel Haydn, y sobre todo Kalcher, á los doce años escribia ya una cantata, *El poder del amor y del vino* (die Macht der Liebe und des Weines) y á los catorce, la ópera *La Hija de los Bosques*, primer bosquejo de *Sylvana*, que, á su vez, se transformó más tarde en *Preciosa*. Aquella tuvo un *succes d'estime*,

como decimos ahora, á falta, sin duda, de vocablos en nuestra riquísima lengua; y tanto ella como otras producciones de esta época que relatan los biógrafos fueron pasto del fuego; cosa en extremo sensible para esos furiosos rebuscadores que creen ver ya impreso, hasta en los palotes de los grandes artistas, el sello del génio, y que yo, que profeso la idea de que aquellos no nacen como los hongos, supongo serian la centésima reproduccion de la fórmula en voga, la aplicacion más ó ménos inconsciente, diré, usando de la palabrilla al uso, de la leccion de contrapunto; y en suma, la imitacion más ó ménos servil del maestro. Esto ha sucedido siempre, y no hay por qué creer que Weber se escapase de este especie de pecado original; Rafael, como Mozart; Velazquez, como Beethoven; todos en su primera manera han sido imitadores, aunque claro es que afortunados; y muy terco ó muy lerdo será el que no vea en el primero la influencia del Peruginó, como en el segundo la de Gluck y Haydn, y no descubra en los primeros cuadros del inimitable autor de las *Lanzas* la escuela de Pacheco, ó no vea un mundo de distancia entre la originalidad de las primeras sonatas del Miguel Angel de la música y su admirable sinfonia pastoral.

A las obras que hemos dicho siguió *Petters Schmoll*, ópera que no tuvo gran éxito; más tarde *Sylvana*, su cantata *der erste Ton* (el primer sonido), varias obras religiosas, no pocos cantos populares, que se convirtieron en patrióticos durante la insurreccion de la Alemania en 1813, y diversas obras sinfónicas y de concierto, maravillosamente ejecutadas estas últimas por el mismo Weber, que, sabido es, unia á la cualidad de compositor la de habilísimo pianista, hicieron que su nombre adquiriese justa fama y le llevaron al lado del Duque Eugenio de Wutemberg, luego á Praga, y más tarde á Dresde, de maestro de capilla de aquella corte; despues de largas correrías por toda la Alemania, y de obtener una série no interrumpida de triunfos, los cuales, de paso sea dicho, no le quitaron para que cuando pudiera creerse que el incienso de la gloria habia ofuscado su razon, volviese al lado del eminente teórico Vogler á estudiar de nuevo los secretos de la ciencia musical.

Una vez ya en Dresde, las múltiples ocupaciones de su cargo apénas parecia debian dejarle tiempo para explotar los tesoros de su rica inspiracion, y á más, vivia, como se lee en una de sus cartas á Gænsbacher, *triste y aislado*; en medio de tantos como conocia y trataba, *echaba de ménos un verdadero amigo*, y bajo el punto de vista de su divino arte *nada nuevo le enseñaban*: casi no le comprendian. Pronto tuvo el amigo y el mundo

que le comprendiese: el amigo fué el cazador negro de la vieja leyenda alemana; el mundo fué la Alemania entera, que saludó al génio potente, creador de la ópera nacional. *Pronto*, dice en otra carta al mismo Gænsbacher, *voy á empezar á escribir una nueva ópera, cuyo libretto ha escrito el célebre poeta Federico Kind; «La Prometida del Cazador» es su título, y es una obra magnífica y de un romanticismo que espanta*. Aunque ya conocido de muchos de mis lectores, no estará demas, sin embargo, recuerde aquí el origen del hallazgo de esta nueva piedra filosofal, que, á no dudarlo, buscaba el caballero Weber, y de que dan clara muestra sus anteriores obras, en las cuales se ve siempre la tendencia á un tipo que realizó, y con sobrada maravilla, en la ópera que nos ocupa.

Federico Kind, que, como Lorenzo Da Ponte, el autor del libro que inmortalizó Mozart, publicó unas *Memorias*, en que describe todas las circunstancias de su vida que precedieron y prepararon su espíritu hasta la concepcion del *Freyschütz*, vida que se puede condensar en los versos que sirven de epigrafe á su libro, y que traducidos en mala prosa vienen á decir: «*Amo los bosques sombríos: la floresta es el objeto á quien he prometido eterno amor;*» este renombrado poeta, repito, cuenta que conoció á Weber por un amigo suyo llamado Schmiedl, y que no bien se vieron, cuando aquel le pidió un libretto; peticion á la cual se excusó no una vez sola, hasta que al fin un dia le presentó una coleccion de viejas leyendas, diciéndole: *tal vez aquí habrá algo que pudiera convenirnos*, mostrándole la titulada el *Franco tirador de Apel*. —*Divino, divino*, dijo Weber, que ya la conocia, dice Kind, y añade: *desde aquel momento puse manos á la obra*. Esta vieja leyenda cuenta que en el siglo xvi habia en Alemania un cazador llamado Bartoch, que estaba al servicio de la familia Mezericki de Lomnitz, el cual se habia hecho tan célebre por su extremada habilidad, que el vulgo y los que no lo eran creian tenia hecho pacto con el diablo, quien á cambio, sin duda, de su alma, le fundia las balas; añadiendo la crónica, que por esto tuvo que abandonar á sus señores y marcharse á Austria, librándose por fin y postre de las garras de Satanás, gracias á la intervencion de un monje que lo trajó oportunamente á buen camino.

Esta sencilla leyenda, realzada con todas las galas de una imaginacion poderosa, inclinada á todo lo fantástico y maravilloso, y tan exaltada como la de Kind, que, como V. sabe mejor que yo, formaba con Hoffman, Immerman, Tieck, Arnim y otros la poderosa falange de jóvenes, que inspirados en el sentimiento de la nacionalidad buscaron en las tradiciones y creencias de la Edad

Media el poderoso dique contra las ideas de la Francia, y fueron los creadores de la escuela romántica; esta inteligencia, repito, necesitaba otra de igual brio y pujanza que diese más vida á su creacion y la realizase con más galas, y que allí donde la palabra era insuficiente, viniese con «la más romántica de las artes,» como la llamaba Hoffman, á pintar el pavoroso silencio de la selva, el mugido del huracan, el ronco estrépito del trueno. Esta inteligencia fué Weber, á quien se le ha llamado, y no exageradamente, el Rembrandt de la música, porque á la manera del maestro holandés, es colorista vigoroso, conocedor cual pocos del claro y oscuro, y al brillo de una mágica paleta reúne un dibujo puro y correcto como pocos.

No hay para qué decir si Weber tardó poco ó mucho en escribir su obra, alentado, como dice en sus *Memorias*, por la invitacion que se le habia hecho de fundar la ópera nacional. Son estas cuestiones de detalle que interesarán á los biógrafos, pero que al público que va á oír la música le debe tener con poco cuidado, dándosele un ardite si Meyerbeer gastó años en hacer su famosa bendicion de puñales, ó si Donizzetti escribió en quince dias su *Elisir d'amore*, en despique de la fria acogida que el *Don Sebastian* habia tenido; lo cierto es que, excepto Clement, que en su *Diccionario lírico* señala como la época de la primera representacion del *Freyschütz*, en Dresde, 1819, y añade que luego se representó en el teatro Königstadt en 1820, la generalidad de los autores se fija en el estreno del teatro de Berlin el 18 de Junio de 1821. Ignoro los datos que Clement habrá tenido á la vista; en cuanto á la última fecha tenemos uno que prueba su exactitud, y es una carta del mismo Weber al ya citado Gænsbacher (Dresde, 28 de Marzo de 1821), en que le dice: «marcha á fines de Abril á Berlin, á fin de dirigir por sí los ensayos de su nueva ópera, y con la cual iba á inaugurarse el nuevo teatro.» Tambien es casi innecesario añadir que, como á todos los génios ha sucedido, el autor en cuestion fué por entónces víctima de cábalas é intrigas; que siempre fué éste patrimonio de las gentes que valen, y el carecer de enemigos ha sido sólo de uso y disfrute de los tontos de capirote, ó de los pobres de solemnidad, por lo cual no dejaba de tener razon aquella gitana, que al morenillo fruto de sus entrañas le decia: «Hijo, Dios te dé envidiosos.» Así es, que el dia del estreno, el café Stheley, centro de los poetas, pintores y periodistas de Berlin en aquellos tiempos, era una especie de campo de Agramante, donde se batian y contendian los partidarios de la nueva escuela con los adoradores de la *Olimpia* de Spontini, pareciendo

dispuestos á hacer reverdecen las antiguas luchas de Gluckistas y Piccinistas, nuevos Güelfos y Gibelinos de la música en el pasado siglo. Llegó la noche y con ella el triunfo más completo para Weber: «La Alemania entera, dice Scudo, lanzó un grito de admiracion al ver aparecer una obra en que veia traducidos sus sueños, sus aspiraciones, y aquella religion de la naturaleza que la distingue de las razas latinas y del mundo occidental.» El *Freyschüt* era, á no dudarlo, la expresion más incomparable y más sublime de la nacionalidad poética alemana.

No quisiera me llamase V. pesado, y algun remordimiento tengo ya de que lo voy siendo, y por eso renuncio á hacer un análisis de las principales bellezas de esta obra; pero ¡extrañará V. que no recuerde, al ménos á mis lectores, la magnífica sinfonia conque empieza, coronada hoy como la reina de las overturas? En ella, á diferencia de otras muchas de las que oimos y aplaudimos, y que miradas aisladamente son admirables, pero con relacion al poema á que preceden carecen de analogía y hasta de verdad, vemos la verdadera exposicion poética del drama, el corogriego traído á la moderna escena. Weber, se ha dicho, y en mi pobre juicio con entera exactitud, dió á su sinfonia la importancia que el arquitecto da al pórtico de un vasto edificio, y los sonidos suaves de la sordina, el pizzicato de los contrabajos, el dulce canto del clarinete en medio del trémolo de la cuerda, y que á Berlioz le parecia «la lejana queja dispersada por los vientos en medio de las profundidades de los bosques», y por último, el estruendo de la orquesta, todo prepara el ánimo para ser el confidente del alma sencilla y enamorada de Agatga, para contemplar su éxtasis, y la lucha de las dos rivales, tímida la una, inocentemente coqueta la otra y con la sencillez de un corazon que aún no ha conocido amor, á ver sufrir los tormentos del rudo cazador de las selvas, aterrarse con la risa de su diabólico compañero, y á presenciar, por último, la lucha infernal que el genio del mal entabla para apoderarse de su presa. Y hé aqui, amigo mio, los caracteres de Agatha y de Annetta, de Max y de Gaspar, pintados tan admirablemente por Weber, que, como en la incomparable obra de Mozart, basta la música, me atrevo á decirlo, para adivinarlos y comprenderlos: tan puro y correcto es el dibujo, tan admirable el colorido. Por lo demas, permitame V. que indique siquiera la alegre cancion de Kilian, el vals, conacidísimo de todos, y el aria de Max, cuyo allegro está en la sinfonia, en el primer acto; en el segundo, la diabólica cancion de Gaspar, el duo de Annetta y Agatha, llamado vulgarmente de las dos primas, y la sublime escena de la fundicion de las

balas, llena de la más inspirada poesía y del más aterrador romanticismo; y por último, en el tercer acto, la plegaria de Agatha, el encantador motivo del final, y el coro de cazadores, cuyo origen me refirió no hace mucho tiempo un respetabilísimo maestro y grande amigo mio, diciéndome háberselo oído á personas dignas de crédito, por el tiempo en que el autor del Freyschütz fué á Lóndres á poner en escena el *Oberon*. Parece que una noche al retirarse Weber á su casa presenció en una calle una acalorada disputa, que terminó llevándose presa la policía á una pobre mujer, novia de un músico desconocido, y la cual en su turbacion dejó caer al suelo unos papeles de música que llevaba; aquel los recogió, y con la música en ellos escrita hizo el coro que, como V. sabe, goza hoy de fama europea. *Y si non è vero è ben trovato*.

Para concluir: tres años despues del estreno en Berlin, el Freyschütz, torturado, mutilado y transformado por obra y gracia de Castil Blaze, quien no vaciló en intercalar música suya al lado de la del maestro aleman, se representó en el Odeon en Paris con el titulo de *Robin des Bois*. Weber, indignado de tal ultraje, hizo públicas sus quejas en una carta que insertaron los periódicos, y á la que aquel contestó diciendo: que «las modificaciones que habia hecho tenían por objeto *solamente* asegurar el éxito de la obra, y que Weber era bien ingrato en quejarse del hombre que habia popularizado su nombre en Francia.» El arreglo, que justifica una vez más la conocida frase de *traduttore, traditore*, y la carta que acabamos de mencionar, valieron al literato-músico que los escribió el que Berlioz descargase sobre él toda su bilis, que no era poca, y que no contento con llamarle *músico-veterinario*, se lamentase de lo injusto que era el mundo dándole á ganar á aquel muchos miles de francos con semejante *pasticcio*, cuando por la más pequeña insubordinacion se dan á un pobre marinero cincuenta latigazos.

El Freyschütz, tal cual Weber lo escribió, y cambiada la parte que en el original era hablada por recitados escritos por el autor de los *Troyanos*, traducido fielmente el texto por E. Pacini, se ejecutó por primera vez en Paris en la Academia Real de Música el 7 de Junio de 1841. En Madrid ha sido necesario que pasen la friolera de cincuenta y tres años para que le oigamos, pues que no debe considerarse como audicion el *Robin des Bois*, que se ejecutó hace dos ó tres veranos en el circo de Rivas. En cambio, las empresas han dado pasto abundante musical á los madrileños con la *Traviatta*, *Simon Bocanegra*, *ed altri*, é hicieron venir á Verdi para que dirigiese los ensayos de su narcótica *Forza del Destino*.

Pero á todo esto, me dirá V., amigo Director, ¿qué le ha parecido la primera representacion del *Freyschütz* en el Teatro de la Ópera?

¿Qué quiere V. que le conteste? Poco más ó menos lo que exclamó un célebre critico en bellas artes al observar en las columnas de la suntuosa escalera de Palacio los castillos y leones, y el collar del Toison. ¡Ah Vitrubio, Vitrubio!
¡Ah Weber! Weber!!!...

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

CORRESPONDENCIA DE BELLAS ARTES.

Roma, Febrero de 1874.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

La colonia de artistas españoles que reside en esta capital sigue, para honra de su patria, figurando al frente de las que tienen las demas naciones cultas, tanto por el mérito de las obras, como por la aceptacion con que las reciben los aficionados á adquirir objetos de arte; y bien lo demuestra el no verse en los estudios de los pintores españoles cuadros que no estén vendidos ántes de terminados.

El año actual es malo para ventas, al decir de todos ellos; y, sin embargo, no tengo noticia de más cuadro sin vender que uno de D. José Jimenez, representando los penitentes en el momento de salir en procesion; lienzo perfectamente pensado y dibujado, como todos los de este artista, que, con justicia, figura entre los más reputados de la colonia española. El fondo de este cuadro está tomado del convento de franciscanos de Asisi, que es un edificio magnifico, y la composicion la forman principalmente dos grupos, uno de penitentes cargados con las cruces, y otro de músicos, que van á acompañar la procesion: el conjunto es por demas agradable y verídico.

Jimenez, autor, segun V. recordará, del cuadro titulado *Un lance en la plaza de toros de Sevilla*, que figuró en la última exposicion de Madrid, vendió hace poco en Paris, donde se venden casi todos los cuadros de los pintores españoles residentes en Roma, uno titulado *El rey, que Dios guarde*; pequeño, de pocas figuras, pero muy bien pintado, y por el cual dieron, segun mis noticias, diez mil francos. Ahora está empezando otro cuadro que figura un café á principios del siglo actual.

Luis Jimenez, hermano del artista de que ántes hablo á V., pinta otro cuadro que representa una sastrería, también á principios de este siglo, que es la época favorita de nuestros pintores desde que Fortuny, Palmaroli y otros la han puesto en moda con sus cuadros, y época que realmente se presta mucho por la brillantez de los trajes á la fantasia de los coloristas.

El cuadro de Luis Jimenez es importante, no por su tamaño, pues apenas tendrá un metro, sino por las muchas figuras que contiene. Es pintor de verdadero mérito, y bien lo prueba el hecho de haber sido vendido en Paris su último

cuadro en siete mil francos. Este titúlase *El aguardiente*; es de pequeñas dimensiones, y representa dos hombres del pueblo bebiendo aguardiente en una tienda, á cuya puerta se acerca un fraile para pedir limosna. Debo advertir, que los precios citados son los que dan los negociantes; precios que casi duplican cuando los cuadros pasan á poder de particulares.

El autor de los cuadros *San Francisco de Borja* y *Doña Juana la loca*, premiados en exposiciones de Madrid, Lorenzo Vallés, está pintando ahora uno por encargo, y representa á la princesa Borghese, haciéndose retratar en estatua por Canova. La estatua existe en la galería Borghese. No he visto el cuadro, pero me aseguran que Vallés no le da grande importancia.

Joaquín Agrasot, que acaba de llegar de España, ha empezado dos cuadros, uno que representa una maja tocando la guitarra, y otro un instructor de perros. De éste sólo tiene hecho el boceto.

El autor del cuadro *Los campesinos romanos*, que tuvieron los madrileños el placer de admirar en la última exposición, Tusquets, vendió hace poco tiempo una preciosa acuarela en mil quinientos francos. Debo advertir que las cantidades, precio de sus obras, las reciben los artistas en oro, lo que representa un quince por ciento de aumento sobre el curso del papel en Italia. Aquí se asegura que la acuarela de Tusquets la ha adquirido doña Isabel de Borbon, y tengo entendido que le ha encargado otra para *pendant*. También ha terminado Tusquets otro cuadro que hace tiempo tenía vendido, y que figura unas majas saliendo de una casa en día lluvioso.

Tapiró ha terminado una hermosa acuarela que representa un cardenal leyendo el *breviario*, acuarela expuesta durante algunos días en el Corso, y que ha gustado aquí extraordinariamente, apresurándose á comprarla un señor ruso.

El joven José Villegas, que es el pintor español, de los que aquí viven, que sigue en reputación á Fortuny, y cuyos cuadros se pagan á crecidísimo precio, recibió á fines del verano veinte mil francos por un cuadro que representaba unos toreros bebiendo y una andaluza bailando. Este cuadro lo habrá vendido el comerciante Goupil, que lo adquirió, en mucho mayor precio. Villegas está pintando ahora un cuadro de dos figuras, representando un moro indolentemente tendido y una mora tocando el laúd; el fondo es una habitación riquisimamente adornada, y el conjunto del más bello efecto. Es este pintor gran colorista y buen dibujante, y tiene en boceto un cuadro de verdadera importancia que figurará el bautizo de un hijo de noble familia en la consabida época que abraza los primeros años de este siglo. El cuadro será de dos metros de ancho por setenta y cinco centímetros de alto, y las figuras resultarán de tamaño poco mayor de una cuarta.

Fortuny está concluyendo un cuadro que representa el ensayo de una comedia en un jardín; cuadro vendido á Goupil en cincuenta mil francos. Tanto interés tiene por esta obra el famoso comerciante parisiense de objetos de arte, que ha hecho expresamente un viaje á esta capital para ver el estado en que se encontraba.

Durante su estancia aquí ha comprado al joven catalán Roman Rivera un cuadro precioso, representando unos titiriteros callejeros caminando en

día de nieve. Este cuadro está muy bien pintado y tiene excelente color; pero como Rivera empieza su carrera y no tiene aún fama en el mundo artístico, Goupil no ha querido darle por esta obra más que dos mil quinientos francos.

Entre los jóvenes que más prometen de los que aquí viven, debo citar al sevillano José García Ramos, que está pintando un cuadro figurando el ensayo de una comedia casera, á principios del siglo. Ramos tiene mucho ingenio y gracejo y pinta muy bien. Ha concluido el boceto de un cuadro titulado *El rosario de la Aurora*, que es delicioso.

En mi próxima carta daré á V. cuenta de los trabajos de otros artistas españoles, pues todos ellos procuran con noble emulación y sin descanso adquirir un nombre que redunde en gloria del arte y de la patria española.

Suñol está terminando una estatua en mármol de mitad del natural, que representa al Dante. La ha comprado un americano en seis mil francos. Entre los inteligentes se dice que es la mejor que ha hecho hasta ahora. En estos momentos empieza el boceto de otra estatua de igual tamaño, que figura un *lazzarone* tocando un bandolín.

Puedo asegurar á V., que los españoles que aquí tenemos desmienten la proverbial holgazanería de sus compatriotas, trabajando como negros hasta los días festivos, y luchando con dificultades sin cuento para pintar. La vida de muchos de ellos no se comprende sino viéndola, pues tienen pensiones mezquinas y mal pagadas, ó no las tienen, precisamente en los albores de su carrera, y cuando sus obras no pueden alcanzar grandes precios. Este año, según digo á V. antes, es muy malo para la venta de obras de arte, y los principiantes son, como es natural, los que más sufren.

Todos esperamos con impaciencia la organización de la Escuela de Bellas Artes española en Roma, que será sin duda alguna uno de los títulos que más honren á su iniciador el Sr. Castelar, y que nos permitirá estrechar cariñosamente la mano de muchos artistas compatriotas.

X.

Un rico propietario del departamento de Aisne, Francia, ha descubierto recientemente un dolmen en el mejor estado de conservación. Las piedras de las paredes están en su lugar, é intacto el enlosado, que forma el suelo del monumento. Sobre este enlosado yacia el cráneo y la mayor parte de un esqueleto, cuya inhumación debe remontarse, según la naturaleza de los objetos encontrados al lado, á los tiempos prehistóricos. Los objetos, todos de la edad de piedra, están en perfecto estado de conservación. El dolmen en cuestión forma un paralelogramo de cinco metros de largo por dos de ancho y otros dos de alto.

En el mismo sitio se han descubierto tumbas antiguas y numerosos guijarros de los llamados sílex; pero éstos mezclados con armas de hierro y objetos de barro, que indican una época más reciente.

* * *

M. Bergeron, miembro de la Sociedad de ingenieros civiles de París, acaba de someter al examen de esta corporación un nuevo sistema de

calefaccion para los coches de los ferro-carriles, por medio de la circulacion del agua caliente. Los hornillos están en el exterior, y cada wagon lleva consigo su aparato calefactor y su generador: un kilogramo de cock, por cada coche y por cada hora, basta para producir entre el interior y el exterior del carruaje una diferencia de temperatura de 16 á 18°.

* *

Acaba de venderse en Lóndres, segun dice el *Athenæum*, la coleccion de estampas y dibujos formada por Hugh Howard al principio del siglo último. Entre los ejemplares de obras de antiguos maestros figura un magnifico retrato de Aretino, copiado del Ticiano, ejemplar algo estropeado. En el Museo británico hay otro ejemplar en el mismo estado, que se consideraba como único antes del descubrimiento de la prueba de la coleccion Howard. Esta estampa ha excitado tan vivo interes entre los aficionados extranjeros y los coleccionistas ingleses, que su precio se ha elevado hasta diez y nueve mil quinientos francos, que han pagado por ella los señores Colanghi y compañía, de Lóndres; precio el más elevado que ha obtenido estampa alguna, á escepcion de la célebre *Pieza de cien florines*, grabada por Rembrandt, que se vendió hace algun tiempo por veintinueve mil quinientos francos, y que hoy posee el coleccionador francés M. Duit.

* *

En la Academia de Ciencias de Paris se ha dado lectura de una Memoria muy interesante de M. Marey, sobre el vuelo de los pájaros. Despues de haber aplicado los aparatos registradores al estudio complejo del vuelo, y de haber determinado las condiciones del mismo, M. Marey ha conseguido reproducir los movimientos de las alas de los insectos. Prosiguiendo por esta misma via, M. Marey intenta servirse de este doble método, á la vez analítico y sintético, para abordar de una manera científica el problema de la locomocion aérea. En la Memoria demuestra M. Marey, por diferentes pruebas, que la resistencia del aire crece con la velocidad de traslacion del pájaro; y así explica cómo se obtiene el punto de apoyo en el vuelo. Esta explicacion se habia hecho ya otra vez á la misma corporacion, pero sin pruebas; la comprobacion y la experiencia práctica se deben á M. Marey, á quien la Academia ha dado un voto de gracias por sus estudios y trabajos.

* *

En la sociedad de geografia de Paris se está estudiando preferentemente el asunto de la eleccion de un meridiano comun para todas las naciones. En la sesion del 6 de Febrero M. Chancourtois ha expuesto la necesidad que hoy tienen todas las naciones civilizadas de llegar á un comun acuerdo en este punto, prescindiendo de toda idea de amor propio nacional. Propone que se establezca el meridiano hácia las islas Azores, fundándose en que así se tendria la ventaja de descomponer la carta en regiones más naturales, y además la prolongacion de este meridiano pasaria á lo largo de Australia sin tocarla, separando esta gran region de los otros archipiélagos, y no encontrando tierras hasta la Siberia oriental. M. Leopoldo Hugo se opone al meridiano de

las Azores, y propone en su lugar el de Greenwich, cambiándole el nombre por el de un punto saliente del globo por el cual pasa, la meseta del Marboré, en los Pirineos. Despues de estas opiniones, la discusion ha sido muy animada, pero todavia no se ha llegado á concretar las ideas dominantes, aunque parece que lo son las dos que dejamos expuestas.

* *

Acaba de publicarse en Francia por M. Laferriere una curiosa descripcion de un aparato destinado á hacer los barrenos de las minas de una manera económica y rápida. No es una máquina, sino una verdadera barra perforadora mecánica. Cada minero puede ir provisto de uno de estos útiles. En la imposibilidad de dar una explicacion detallada, baste decir que es un cilindro que corre entre dos guias, y tiene un piston que se apoya en un resorte; el juego alternativo de éste produce los golpes de barreno. Considerábase muy útil este perforador, no sólo por la economía de gastos de que puede ser causa, sino por el ahorro considerable de tiempo de que es susceptible.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Una cuestion importantísima sobre la forma en que debia organizarse el Poder público, y un suceso de no menor trascendencia en la campaña que los absolutistas mantienen contra el régimen liberal, han mantenido vivo el interés y agitados los ánimos en la última semana.

La cuestion de derecho constitucional se ventilaba en el Consejo de ministros, al mismo tiempo que el ejército del Norte luchaba con empeño para obligar á los carlistas á levantar el cerco con que estrechan á la capital de Vizcaya.

Conformes todos los ministros en la conveniencia de revestir al general Serrano de poderes á propósito para decidir las crisis ministeriales sin intervenir en ellas, para ser juez en las discordias entre los ministros, sin figurar como parte, se ha discutido, sin embargo, extensamente y durante varios días la denominacion de este poder superior al del ministerio.

Que la discusion fuera empeñada bien se comprende, pues de ella dependia la continuacion de la forma de gobierno votada el 11 de Febrero de 1873, ó que se borrara de los documentos oficiales, quedando un Poder ejecutivo director del Estado, ni republicano, ni monárquico; situacion provisional que, en concepto de sus defensores, debia servir de lazo de union á los partidos liberales de diversas aspiraciones, para dirigir de consuno las fuerzas de todos contra el absolutismo, que de todos es enemigo.

Este debate era de cierto modo reproduccion del que dentro del palacio del Congreso y pocas horas despues del golpe de Estado del 3 de Enero mantuvieron ilustres oradores, entre ellos los señores Sagasta y Martos. En la última semana dichos señores han sido tambien quienes con mayor copia de argumentos defendieron, el primero la conveniencia de un gobierno nacional de carácter transitorio y con la mision de restablecer la paz pública; el segundo, la continuacion de la república como forma de gobierno que aleja los peligros de una interidad, siempre ocasionada á perturbaciones y poco á propósito para combatir

con energía al partido tenaz, que mantiene la guerra civil á nombre de instituciones y personas públicamente conocidas.

El debate de la mañana del 3 de Enero lo cortó el duque de la Torre, asegurando que habia contraído compromisos para que continuara la república.

El de la tarde del jueves debió terminar de igual suerte, en vista del decreto que el viernes por la mañana publicaba la *Gaceta*, y en cuyo preámbulo se advierte que el movimiento militar del 3 de Enero debía respetar, y habia en efecto respetado el régimen republicano que halló establecido.

Por este decreto, el general Serrano renuncia al cargo de presidente del Consejo de ministros, reservándose tan sólo como presidente del Poder ejecutivo de la República las facultades y atribuciones comprendidas en el título 4.º de la Constitución de 1869, y las extraordinarias de que se halla investido hasta el restablecimiento de la paz pública.

Acaso esta mudanza en las atribuciones del jefe del ministerio hubiese ocasionado alguna variación en el gabinete, y de ello venia hablando la prensa política como de cosa indudable, si en la madrugada del jueves, pocas horas despues de haberse tomado el importante acuerdo que, convertido en decreto insertaba el viernes el diario oficial al frente de sus columnas, no se hubiera recibido un telegrama del general en jefe del ejército del Norte, diciendo que éste no habia podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro de Avanto, y su línea habia quedado quebrantada. Pedia el Sr. Moriones refuerzos para el ejército, y otro general que se encargara del mando.

La batalla empeñadísima de Somorrostro, que habia costado dos dias de lucha, no producía los resultados que de ella se esperaban.

El ejército, teniendo que luchar con fuerzas superiores y en posiciones ventajosas, dispuestas de antemano para la defensa, no ha podido vencer obstáculos tan insuperables.

Este fracaso exige mayores sacrificios para salvar á Bilbao y obligar al carlismo á retirarse. El gobierno lo comprendió así inmediatamente, y para enterarse por sí mismo de la situación del ejército, en la mañana del día 27 partía el general Serrano de Madrid para Somorrostro.

Es probable que tome el mando en jefe del ejército; es seguro que éste recibirá de refuerzo tantos batallones como pueda sacar el ministro de la Guerra de donde hagan menos falta, y que éste refuerzo, que se calcula en ocho ó diez mil hombres, permitirán nueva acometida á las huestes del carlismo.

En la *Gaceta* del viernes publicase un decreto encargando al general Zavala de la presidencia del Consejo de ministros.

Los diarios políticos discuten si esta presidencia es interina ó en propiedad para el ministro de la Guerra. La forma en que está redactado el decreto es más apropiada á lo primero que á lo segundo; el encargo no es el nombramiento; pero este decreto, á continuación del en que el general Serrano renuncia á la presidencia del Gabinete, dejando el cargo vacante, permite la duda que ha dado pie á la polémica periodística.

Debe suponerse que el telegrama de Moriones, por el cual el general Serrano ha creído necesaria

su presencia en Somorrostro, ha servido para detener la modificación ministerial. No podía pensarse en ella desde el momento en que habia un peligro más grave y perentorio á que atender.

En esta situación, y cuando el Sr. Topete, la persona á quien de público se designaba para presidir el reformado ministerio, acompañaba al general Serrano en su viaje al Norte, era natural que se encargara de la presidencia del Consejo uno de los ministros. Pero terminada la misión del presidente del Poder ejecutivo en el norte de España, y cuando vuelva á Madrid, natural es que la situación política se reorganice.

La tendencia que en la reorganización preo mine no es fácil preverla. Para ello la suerte de las armas influirá de seguro en ella, y no poco lo que la opinión pública, impresionada por los azares de la guerra, juzgue conveniente.

Los sucesos de la anterior semana compendios en la *Gaceta* del viernes, despejan la situación política y complican la militar, afirman la forma de gobierno republicana y alejan algo el término de la civil contienda, fuente de desdichas para la patria.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

EL CIELO (*The expanse of heaven, a series of essays on the wonders of the firmament*), por R. A. Proctor.—Londres, H. S. Hing.

Este libro comienza como una novela de Julio Verne, por un sueño que trasporta al autor al medio de un sistema de globos opacos que no tienen más luz que la que reciben de un inmenso foco, sistema que al final del libro resulta ser el planetario conocido; y desesperado el autor por no aprender nada nuevo se despierta. Los diferentes capítulos de la obra contienen monografías completas del Sol, de la Luna y de los planetas Venus, Marte, Júpiter, Saturno y Urano; y estudios interesantes del sistema planetario, de la atracción universal, de las leyes de Keplero, de la formación de los planetas, etc., etc., siendo por lo tanto un libro bastante curioso.

VIDA ARTÍSTICA DE ISIDORO MAIQUEZ, por D. José de la Revilla, de la Academia Española. Un tomito en 8.º.—Medina y Navarro, Madrid.

Entre la brillante pléyade de insignes escritores que ilustraron la tercera época constitucional de España, se señaló D. José de la Revilla, autor de bastantes estudios crítico-literarios, que se propone dar á luz su hijo el distinguido escritor y orador D. Manuel de la Revilla. Entre esos trabajos figura el libro á que hacen referencia estos apuntes, publicado en 1846, pero muy poco conocido; y por esta circunstancia, por el mérito de la obra y por las noticias y detalles que suministra de la vida artística del gran Maiquez, se ha dado de nuevo á la estampa, precedido de una breve biografía del autor, interesante también para la historia literaria de nuestro país.